

Te amo, luego existes

Querida Angela...

Siempre que tú me lo recuerdas, pienso
que llevaras ese vestido rojo que tanto
me gustaba, que ahora me gustaría
a pesar y bajar los brazos sabiendo
que alguien te había respetado mucho
siempre estás. Podría decirte también
que nos conocimos a las once y veinte
de la mañana de un miércoles
lluvioso, y fue el primer beso.



R. FREIRE

Te amo, luego existes

R. FREIRE

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.

Pablo Neruda

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

I

Supongo que tú no lo recuerdas, pero yo sé que llevabas ese vestido rojo que tanto me gustaba, que calzabas unas sandalias a juego y lucías unos bonitos pendientes que alguien te había regalado mucho tiempo atrás. Podría decirte también que nos conocimos a las once y cuarto de la mañana de un miércoles lluvioso, y que al presentarnos se te cayeron los papeles que tenías en la mano y las dos nos reímos mientras te ayudaba a recogerlos. Sí, probablemente lo hayas olvidado todo. Sin embargo, yo lo sigo teniendo siempre presente en la memoria, tan fresco como si hubiera sucedido ayer mismo.

—Y aquí está el departamento de Literatura, hablaré con tus compañeros para que te busquen un hueco donde dejar tus cosas. Espero que estés a gusto con nosotros.

—Seguro que sí —afirmé correspondiendo con una sonrisa al interés que mostraba por mí David, el director del instituto.

—En general, tenemos buenos estudiantes. Un poco ruidosos pero sin malicia.

El primer día en un trabajo nuevo siempre es difícil, pero esa dificultad se acrecienta cuando tu deber es enfrentarte a cuarenta adolescentes con las hormonas desbocadas y muy poco interés por conocer a Shakespeare o a Cervantes, así que agradecí sinceramente las palabras de ánimo de mi acompañante.

—Ahora, voy a enseñarte la sala de profesores, aunque a estas horas la mayor parte está dando clase y no creo que pueda presentarte a nadie.

Mientras notaba en el estómago el cruel gusanillo de los nervios, seguí al director a través de unos cuantos pasillos. De las aulas cerradas llegaba el murmullo de los alumnos y algún que otro grito del profesor de turno, lo cual nos hizo mirarnos y sonreír al unísono.

—Deberíamos cobrar más, sin duda —dijo David guiñándome un ojo al tiempo que entrábamos en la sala de profesores—. Mira, éste es Luis, del departamento de Historia. Luis, te presento a Sofía, la nueva profesora de Literatura.

Un poco torpemente, el tal Luis, bajito y bastante entrado en carnes, se levantó de su mesa y me saludó con un sudoroso apretón de manos.

—Bienvenida al infierno.

—Vamos Luis, no la asustes. Sofía es nueva en esto y no necesita tu visión pesimista del mundo.

—No, tranquilos. Me parece que ya sé dónde me meto.

—Créeme —insistió Luis haciendo caso omiso a las palabras del director—, la realidad superará ampliamente todas tus expectativas, aquí vivirás aventuras que no puedes ni imaginar.

—No te creas ni una palabra de lo que te diga este hombre —dijo entonces una jovial voz femenina que me hizo volverme hacia la puerta—. Hola, soy Ángela, la profesora de Matemáticas.

Hoy, tantos años después, sigo siendo capaz de rememorar cada segundo de la conversación que siguió aunque, para ser sincera, debo decir que al aparecer Ángela los dos hombres que me acompañaban se hicieron pequeñitos, hasta el punto de que estoy por asegurar que llegaron incluso a desaparecer. Ante mí, una deliciosa mujer ataviada con un sencillo pero precioso vestido rojo sonreía cordialmente y se inclinaba para besarme.

—Hola —contesté al fin, recuperando el uso de la palabra— yo soy...

No llegué a decir mi nombre, pues en el mismo momento en que nuestras mejillas se juntaron, el fajo de papeles que Ángela llevaba en la mano cayó al suelo y se deshizo en un informe montón.

—¡Qué torpe soy! —se lamentó ella sin perder el buen humor—. Todos los exámenes revueltos.

—A mí me pasa siempre lo mismo —me solidaricé al tiempo que me agachaba para ayudarla.

No podría precisar el instante en que las dos nos quedamos a solas. Sólo sé que, cuando al fin recompusimos los exámenes, Luis y David habían desaparecido. Ahora, Ángela me miraba con una sonrisa acogedora, y justo cuando yo empezaba a pensar que tal vez querría que la dejara trabajar en sus clases, sus palabras me produjeron una inexplicable satisfacción:

—¿Tienes tiempo de tomar un café?

—Claro, genial.

—Estupendo —dijo tomándome del brazo y conduciéndome hacia la cafetería—. Me alegro mucho de tenerte aquí, casi todos los profesores son hombres y muchos están cerca de la jubilación. Estoy segura de que vamos a ser buenas amigas.

A aquella hora la cafetería del instituto estaba prácticamente desierta. Solamente un grupo de tres o cuatro muchachos, que probablemente se saltaban sus clases sin permiso, charlaban en una mesa del fondo tratando sin éxito de pasar desapercibidos.

—¿Es tu primer día en esto?

—Sí, ¿se nota demasiado que soy novata?

—Tranquila —sonrió Ángela con afecto—. Aquí nadie se come a nadie. Además, con tu aspecto ya tienes mucho ganado. Una persona joven y atractiva conecta mejor con los alumnos de esta edad, ¿en este centro hay cada carcama!

¿Por qué me resultaban tan agradables las palabras de aquella hermosa desconocida? ¿Sería por el brillo de sus increíbles ojos claros, de un color tan indefinido que todavía hoy no sabría precisar? ¿O tal vez se debía simplemente a que, en mi estado de ansiedad, recibiría como agua de mayo cada palabra de apoyo recibida, viniera ésta de donde viniera?

No podría decirlo. Lo que sí sé es que, cuando sonó el timbre anunciando el inicio de la siguiente clase, sentí vivamente tener que separarme de Ángela, y que cuando la vi alejarse balanceando rítmicamente sus caderas y con una carpeta en la mano, deseé que sus palabras fueran proféticas y que las dos nos convirtiéramos en las mejores amigas.

Con Ángela nunca tuve la impresión de estar ante una marioneta, ante un personaje de ficción que careciera de realidad propia y fuera poco más que un mero producto de mi imaginación. Me pasaba con mucha gente, pero nunca con ella. Desde niña, siempre me pareció que gran parte de cuanto me rodeaba era un simple decorado, una porción del atrezzo que el gran teatro del mundo ponía a mi disposición. El conductor del autobús que me llevaba al colegio, mi profesora de piano, la niña que me daba patadas en las espinillas... ¿existían realmente? Más bien, me sentía inclinada a pensar que no, y que su misión en la vida se limitaba a hacer acto de presencia durante los breves minutos en los que interactuaban conmigo. Luego, cuando ya no eran necesarios, desaparecían indefinidamente hasta que llegaba el momento en que su concurso fuera requerido de nuevo, como hacen los personajes que entran y salen a las tablas

del escenario según las exigencias del guión.

Supe desde la primera vez que la vi que debía tener cuidado. Ángela era dulce, guapa, extrovertida, encantadora... ella sin duda existía aunque yo no estuviera presente. Entre clase y clase, al salir del instituto o a la hora de los recreos, siempre estábamos juntas; a su lado, el tiempo volaba y los problemas desaparecían, pero yo sabía que no podía enamorarme de ella, pues a pesar de todas sus virtudes, mi nueva amiga tenía un pequeño pero incómodo defecto: el de estar felizmente casada con un hombre.

No era la primera vez que me sentía atraída por una mujer heterosexual, así que al principio creí sinceramente que podría controlar mis sentimientos. Por otra parte, no resultaba sencillo evitar su compañía, pues como ella misma dijo al presentarse, no había mucha gente de nuestra edad en el instituto y además teníamos aficiones comunes y miles de cosas que compartir.

Durante un tiempo todo fue bien, e incluso llegué a convencerme de que era feliz y de que me bastaba con la amistad que Ángela me proporcionaba. Cuando los lunes ella me contaba lo que había hecho con Julián, su marido, durante el fin de semana, yo sentía una leve punzada de inquietud, pero creía que se debía más al hecho de no tener pareja que a los celos por saber que mi amiga tenía ocupado el terreno sentimental.

¿En qué momento una célula sana se convierte en una alteración cancerosa que amenaza nuestra existencia? ¿Es posible que semejante cambio se produzca en nuestro interior sin que nada nos permita darnos cuenta? Es terrible pensarlo: puedes estar en el cine, en una cena entre amigos o haciendo el amor con tu pareja, crees que eres feliz y que tienes toda la vida por delante y, sin embargo, en ese mismo instante, tu propio cuerpo te está traicionando y ha decidido empezar a maquinarse contra ti sin importarle las consecuencias. Del mismo modo, ¿en qué instante una amistad inocente se transforma en una

atracción irresistible? ¿Qué palabras o qué hechos fueron necesarios para que todas las barreras que había erigido con cautela saltaran por los aires dejándome sin defensa? ¿Cuándo decidió mi cerebro rebelarse contra mis estrictas órdenes y relajar su vigilancia?

He pensado muchas veces en ello y, aunque no me atrevería a afirmar que hubiera podido evitarlo, creo que todo empezó una lejana tarde en la que mi teléfono sonó y Ángela me propuso ir con ella de compras...

II

Creo que me enamoré de ti la primera vez que te vi, aquella mañana que me invitaste en la cafetería del instituto. Había un grupo de tres o cuatro chicos que no dejaban de observarnos, y sonriendo con picardía insinuaste que yo les gustaba. Aunque no te dije nada, yo estaba segura de que no era a mí a quien miraban, pues a pesar de ser casi diez años más joven de ningún modo podía compararme a ti en belleza.

Sí, creo que me enamoré ese día, pero no lo supe hasta muchos meses después, mientras te probabas una falda en una pequeña tienda de moda, al final de una agotadora jornada de compras y confidencias...

—¿Empezamos por la sección de bolsos? He visto unos diseños que sería un pecado no comprar.

Me sentía de muy buen humor, para mí es un placer inexplicable el pasear viendo escaparates sin buscar nada en concreto y sin tener que preocuparme por las manecillas del reloj. En cuanto a Ángela, y por lo que podía ver, al menos en ese aspecto estábamos hechas la una para la otra.

—Es una delicia venir contigo de compras. Cuando llevo a Julián, a la media hora le tengo bostezando y con cara de pocos amigos.

—Sí, los hombres para eso no suelen ser la mejor compañía.

—No saben lo que se pierden, ¿verdad?

Las dos nos reímos y, sin más preámbulos, nos concentramos en nuestra importante y placentera tarea.

Casi tres horas más tarde, hicimos un pequeño descanso para comer algo en un

restaurante del centro comercial. Ni mucho menos habíamos dado por terminada la jornada, lo estábamos pasando estupendamente y en cuanto repusiéramos fuerzas queríamos darnos una vuelta por algunas tiendas que aún no habíamos visitado.

Acabábamos de pedir la cuenta cuando el sonido del móvil de Ángela me produjo una inquietante sensación de ansiedad que no hubiera sabido explicar. Sin poderlo evitar, fingí concentrarme en una revista de modas, aunque en realidad estaba pendiente de su conversación:

—Hola cariño... sí, estoy con Sofía. ¿Qué... tan tarde? Está bien, qué remedio. No, no estoy enfadada... es sólo que... Sí, adiós... yo también te quiero.

Era inútil fingir que no había captado su tono irritado, y además nuestra amistad era ya lo suficientemente profunda como para poder interesarme por sus problemas sin resultar indiscreta:

—¿Sucede algo?

—Hombres. No contento con haber pasado todo el día con sus amigos, me dice que esta noche no le espere despierta.

¿Por eso estaba Ángela conmigo aquel sábado? ¿Su marido tenía planes y yo era el segundo plato? Resultaba ridículo sentirse celosa por eso, de sobra sabía que no podía competir con Julián, pero aun así me dolió un poco ver cómo el rostro de mi amiga se ensombrecía al pensar que esa noche iba a pasarla sola. Al fin y al cabo, yo pasaba así todas las noches, lo cual pensándolo bien tal vez fuera un poco deprimente.

—Si te soy sincera, hay veces que me pregunto cómo es posible que aún siga casada con Julián.

Aquello era nuevo. Hasta ese momento, Ángela nunca se había quejado de su

marido, o al menos no en un tono tan amargo. De repente, me pareció que quizá tuviera problemas serios, pero más que descubrir fisuras en lo que hasta ese momento había creído un matrimonio perfecto, lo que me sorprendió fue constatar... que por algún motivo sus confianzas me hacían sentir mejor. ¿Qué demonios me estaba pasando?

—Pensé que todo iba bien entre vosotros.

—Eso creía yo también, pero de un tiempo a esta parte... en fin, vamos a dejarlo, hoy estamos aquí para gastar mucho dinero y divertirnos.

Mientras nos levantábamos, con cierta amargura pensé que, por mi parte, estaría encantada de repetir aquella actividad el resto de los sábados de mi vida.

Incluso dos profesionales como nosotras empezábamos a estar exhaustas cuando, a última hora de la tarde, Ángela se enamoró de una preciosa falda que contaba además con la ventaja de un precio irresistible.

—¿Qué te parece?

—Me encanta —contesté con sinceridad—, si no la compras tú me la llevo yo.

—De eso nada, traidora. La he visto yo primero, y creo que es justo mi talla.

Riendo, mi amiga cogió el último modelo que quedaba y se dirigió hacia el probador, mientras yo la seguía cargada con las numerosas bolsas que entre las dos habíamos adquirido. A punto de desaparecer en el pequeño habitáculo, Ángela, con la mayor naturalidad del mundo, se volvió hacia mí y me pidió que la siguiera:

—Así me das tu opinión.

Realmente, era de lo más normal que dos amigas entrasen juntas a un

probador, yo misma lo había hecho en más de una ocasión y nunca le había dado especial importancia. ¿Por qué entonces sentí de pronto aquel incómodo runrún en el estómago? No podía negarlo, no sabía si era el hecho de saber que había heridas en su matrimonio, pero algo había hecho clic en mi interior: de repente, el aire me parecía cargado de electricidad y lleno de presagios. Entrar en el probador con Ángela se me antojó sensual, pero también mezquino y muy alejado de la mera amistad. Sí, era ella la que me había invitado a hacerlo, pero tenía la sensación de estar cometiendo un acto ruin y deshonesto, por la sencilla razón de que... mi amiga no sabía que yo era lesbiana.

Muchas veces había pensado en decírselo, pero al final siempre me acobardaba y lo dejaba para una ocasión más favorable que no acababa de presentarse. En el fondo, seguía siendo la misma chica provinciana llena de inseguridades y sumamente cautelosa que fui en la adolescencia, y al fin y al cabo había conocido a Ángela en el trabajo. Hasta que tuviera una plaza fija en el instituto, me parecía que era razonable ocultar algo que a nadie le interesaba y que sólo a mí me afectaba.

Y ahora estábamos allí, y Ángela no podía ni sospechar que, aunque sabía que nunca podría haber nada entre nosotras, el mero hecho de pensar en verla en ropa interior me producía un delicioso cosquilleo muy parecido a la felicidad. De cualquier modo, juro que, si hubiera acertado a encontrar una excusa convincente, habría esperado fuera del vestidor a que mi amiga se probara la falda.

Pero no se me ocurrió nada que decir, y no me ayudó a concentrarme que Ángela, después de desabrochar sus vaqueros, balanceara las caderas a uno y otro lado mientras hacía descender los pantalones a lo largo de sus piernas. Tampoco me tranquilizó que, debido a lo ajustado de la prenda, sus braguitas siguieran parcialmente el mismo camino, dejando durante unos interminables

segundos una generosa porción de sus nalgas a la vista. Tranquila, totalmente ajena a mi azoramiento, la bella profesora de Matemáticas tardó un mundo en colgar sus pantalones en la percha, bajar la cremallera de la falda y, al fin, recomponer con gesto distraído su ropa interior.

¡Qué bonita estaba, en braguitas delante de mí! Podía ver en el espejo sus muslos, elásticos, llenos y perfectamente torneados. Antes, había podido admirar por unos maravillosos segundos la visión de sus rotundos glúteos, redondos, altos y respingones. ¿Qué me estaba pasando? Me había prometido una y mil veces a mí misma no mirar a Ángela con ojos lascivos, no permitirme ni por un momento soñar en tener una aventura con ella. Me lo había prometido y creía haberlo cumplido pero ahora, sin embargo, notaba que mis fuerzas parecían abandonarme cuando más las necesitaba.

¿No hacía un calor increíble en aquel exiguo compartimento? Una vez, había ido a la playa con dos amigas heterosexuales, y las tres nos habíamos bañado desnudas en el mar sin el menor problema. Sus cuerpos eran jóvenes y atractivos, pero yo los había mirado de un modo inocente y sin el menor deseo. ¿Qué tenía aquella situación que la hiciera diferente? Ángela era hermosa, sí, pero era simplemente una amiga. Además, era heterosexual y...

Un momento, ¿qué importancia tenía que ella fuera o no lesbiana? No podía basar mi tranquilidad en el hecho de saber que nunca podría haber nada entre mi compañera de trabajo y yo porque, entonces... sería como reconocer que Ángela me atraía, que no era una simple amistad lo que sentía hacia ella. ¡Pero eso sería terrible! Era justo lo que menos necesitaba en aquel momento. Tenía que luchar por afianzarme en mi puesto de trabajo, no soñar con quimeras imposibles ni buscar el amor donde de ningún modo podría encontrarlo.

Pero lo cierto era que, enfundada en la dichosa faldita, Ángela estaba sencillamente espectacular. La prenda se ceñía a su cuerpo como una segunda

piel, y mientras mi amiga giraba y se contoneaba ante el espejo, yo, situada detrás de ella, tenía una visión panorámica y completa de su anatomía.

—¿Qué tal me queda?

—Estás preciosa.

—¿No me hace demasiado culo?

—No... te queda muy bien.

—¿Te parece demasiado provocativa?

—Para ir al instituto, desde luego...

—¿Quién sabe? A lo mejor así conseguía que aprendieran más Matemáticas.

Las dos nos reímos a la vez; ella con sinceridad, yo pensando que, si pudieran verla, probablemente los alumnos de su clase pondrían una cara parecida a la que sin duda estaba poniendo yo misma en aquel momento.

—Creo que voy a llevármela... ¿quieres probártela tú?

—¿Yo? No, a ti te queda perfecta. Además... tú la has visto primero.

—No importa tonta, pruébatela si quieres y después decidimos quién de las dos se la queda.

—No, de verdad —necesitaba terminar cuanto antes con aquello, ¿no notaría Ángela mi desconcierto?—. Tengo una muy parecida, llévatela tú.

—De acuerdo, si insistes.

Mi amiga dio todavía un par de vueltas más sobre sí misma, observándose con ojo crítico en el espejo. Al fin, cuando consideró que la faldita pasaba todas las pruebas de calidad pertinentes, procedió a quitársela para recuperar sus pantalones.

Al menos, esta vez sus braguitas permanecieron en su sitio durante la

operación.

Esa noche di muchas vueltas en la cama antes de dormirme. En vano traté de racionalizar lo sucedido, de buscar explicaciones y de autoimponerme normas de conducta estrictas y claras que me ayudaran a superar el problema. Trataba de convencerme de que mi atracción por Ángela era meramente física y por tanto fácilmente controlable; resultaba lógico que me gustara, pues estaba ante una mujer terriblemente atractiva e interesante, pero también lo eran muchas otras y no por eso les dedicaba más de un minuto de mis pensamientos.

Era ya muy tarde cuando, desesperada, tuve que admitir que me había enamorado de una mujer heterosexual. ¡Qué doloroso resultaba saber que, en ese mismo instante, Ángela existía, independientemente de que yo pensara en ella o no!

III

Créeme si te digo que nunca intenté engañarte. Hubiera querido sentarme a tu lado, hablarte y explicarte muchas cosas, pero tuve miedo. Era tan maravilloso llegar por las mañanas y ver tu rostro sonriente, me llenaba de tal modo verte alegre y saber que yo era en parte responsable de esa alegría, que me sentía incapaz de renunciar al privilegio de tu compañía, y por eso me quedaba quieta, en la sombra, recogiendo las migajas de afecto que pudieras entregarme...

Durante unos meses todo siguió igual. Yo ocultaba furiosamente mis sentimientos y nuestra amistad se consolidaba día a día, sin que Ángela pudiera sospechar que su inocente compañera de trabajo era en realidad una espía que hacía todo lo posible por enterarse de hasta el más mínimo detalle de su vida privada. Sin embargo, todo era en vano. A pesar de la intimidad que nos unía, mi amiga era muy celosa en cuanto a su vida conyugal. Eso, unido al temor que yo tenía a delatarme, hizo que poco o nada descubriera sobre sus presuntos problemas con el odioso Julián.

Sí, ya no podía ocultarme tampoco eso: odiaba a Julián. Sentía unos celos terribles hacia él, que tenía a su lado sin ningún esfuerzo lo que yo anhelaba con toda la fuerza de mi corazón. Era la historia de mi vida, nunca había tenido suerte en el amor y para colmo me quedaba prendada de una mujer que estaba prohibida para mí, tanto por su orientación sexual como por su estado sentimental.

Era irritante, y desde luego lo más sensato habría sido poner distancia entre las dos pero, ¿cómo conseguirlo cuando nos veíamos a diario en el trabajo? ¿Qué explicación podría darle a Ángela para dejar de tomar café con ella, para no ir de compras juntas o para no sentarnos a charlar en los descansos

entre clases? Supongo que podría haberle confesado directamente mi problema, pero lo cierto es que fui débil, a medias por temor a la reacción que pudiera causar en el instituto mi salida del armario y a medias por el dolor que me producía el pensar en renunciar a su compañía.

Las semanas pasaban, el fin del curso se acercaba y yo no había sido capaz de cumplir ni una sola de las promesas de prudencia que me había hecho a mí misma en la soledad de mi habitación, la noche en que había visto a Ángela probarse una falda capaz de provocar un cataclismo.

Del mismo modo, tampoco supe decir que no cuando, un viernes, mi amiga me propuso salir a dar una vuelta por Madrid, aprovechando que su marido tenía planes. Aunque una vez más me dolió constatar que yo era el comodín utilizado cuando Julián la dejaba de lado, para rechazarla hubiera necesitado una fuerza de voluntad que desde luego estaba lejos de poseer.

Había puesto todo mi empeño en estar guapa esa noche, pero cuando vi aparecer a Ángela comprendí que cualquier intento de hacerla sombra era ridículo. Lucía un vestido negro que había elegido en una tarde de compras junto a mí, y nunca me había parecido tan perfecta: se había hecho un recogido en su melena rubia y su cuello, esbelto y elegante, me pareció tan delicioso como sus suaves y desnudos hombros.

—Estás muy guapa —la elogí, considerando que entre amigas no estaba fuera de lugar.

—Tú también, ¡y qué piernas tan morenas!

Agradecí en lo más profundo de mi ser su cumplido. Quizá era lo único en lo que podía aventajarla: en cuanto me dan los primeros rayos de sol mi piel adquiere un agradable bronceado del que había intentado sacar partido con

unos pantalones cortos que dejaban una generosa porción de mis muslos al descubierto.

—¿Damos un paseo hasta la Plaza Mayor?

Con tal de estar junto a Ángela, me daba igual estar en la Plaza Mayor que en un polígono industrial, de modo que sin oponer resistencia me dejé conducir por mi amiga. Paseando despacio, deteniéndonos en las tiendas repletas de turistas y sin dejar de charlar, nos dirigimos después hacia Ópera, deambulamos por los alrededores del Palacio Real y nos paramos en un par de ocasiones a escuchar a los músicos callejeros que pueblan las calles céntricas de la capital.

A pesar de que aún no había llegado el verano, el calor en Madrid era intenso aquella noche, y después de un par de horas de paseo, Ángela se colgó de mi brazo y me suplicó un descanso que yo también deseaba, de modo que, sin pararnos a pensar demasiado, decidimos entrar a cenar en el primer restaurante que encontramos.

Un maitre muy ceremonioso nos condujo a una mesa exquisitamente presentada, y mientras un camarero nos servía unos apetitosos aperitivos, otro nos entregó una de esas cartas en las que resulta endiabladamente difícil adivinar qué es lo que estás a punto de comer. Sin duda, nos habíamos metido en un sitio caro, pero la ocasión bien lo merecía, y nuestros sueldos de profesoras nos permitían esos pequeños lujos de cuando en cuando.

—¿Te gusta el sitio? —pregunté apenas nos tomaron nota.

—Sí, es muy bonito. Tal vez un poco... serio, ¿no?

Un poco sorprendida por la mirada traviesa de mi amiga, miré a mi alrededor y enseguida supe a qué se refería Ángela. Yo no había estado allí en mi vida, y sólo al azar —y al calzado de Ángela— se debía que hubiéramos entrado en

aquel restaurante, pero lo cierto era que habíamos acabado en un sitio íntimo, ideal para un encuentro romántico. De hecho, había un par de velitas en nuestra mesa, sonaba una agradable música de fondo y todos los clientes eran parejas en actitud muy acaramelada.

Un ligero escalofrío me recorrió por dentro al darme cuenta de dónde nos habíamos metido. Tristemente, yo hubiera elegido ese restaurante entre mil para cenar a solas con Ángela, pero tal vez mi amiga no lo viera de aquel modo. Estaba a punto de preguntarle si prefería buscar otro sitio, cuando su pregunta, hecha con picardía y en un tono divertido, me dejó de piedra:

—¿Tú crees que pensarán que tú y yo...?

Sin poderlo evitar, me puse terriblemente colorada, y sólo gracias a la tenue iluminación mi desconcierto le pasó desapercibido a mi acompañante.

—¿Qué? —pregunté, tragando saliva con dificultad y fingiendo que no entendía qué quería decir.

—Ya sabes, que si pensarán que somos... pareja.

Entonces, guiñándome un ojo, Ángela extendió su mano derecha y, durante unos maravillosos segundos, la puso encima de la mía. Como si hubiera sufrido una sacudida eléctrica, eludí su caricia justo cuando el camarero se acercaba con una botella del mejor vino blanco de la carta.

—Vaya, ¿me das calabazas? —siguió ella con la broma cuando de nuevo estuvimos solas—. Me rompes el corazón.

—¡Qué tonta eres!

De pronto me sentía incomodísima. Era evidente que Ángela estaba haciendo aquello sin ninguna maldad, pero lo que para ella no significaba nada para mí resultaba cruel y delicioso a un tiempo. ¡Me habría sentido tan feliz si hubiera podido tener mis dedos entrelazados con los suyos durante el resto de la

velada! Pero no me engañaba: mi amiga estaba más pendiente del primer plato que de mis encantos.

—Este vino está delicioso, ¿brindamos?

Intentando ocultar mi pesadumbre, alcé mi copa y la hice chocar con la suya.

—Por nosotras, las mejores amigas —me clavó una daga más sin saberlo.

—Por nosotras.

—Pues no sé tú, pero yo a veces pienso que mi vida sería mucho más sencilla si fuera lesbiana.

—¿De... de veras? —conseguí articular tras estar a punto de derramar el vino sobre el immaculado mantel.

—Sin duda. Los hombres son tan poco comunicativos... mi marido me resulta a veces exasperante.

—¿Sigues de morros con él?

El primer plato, un coctel de marisco que nos había recomendado encarecidamente el maitre, merecía sin duda los elogios con los que había sido presentado, pero yo no estaba en condiciones de apreciarlo. La conversación había tomado un sesgo totalmente inesperado, y por mucho que adivinara la ausencia total de segundas intenciones en mi amiga, cualquiera que haya estado en una situación parecida sabrá lo difícil que es no hacerse ilusiones cuando te va el alma en cada palabra que pronuncia la persona amada.

—Es difícil discutir con Julián —contestó Ángela tras volver a vaciar su copa—. Sencillamente, apenas hablamos. Bicicleta de montaña, fútbol y amigos, eso parece ser lo único que le interesa en el mundo.

—Suena fatal.

—A veces pienso que sólo soy para él otro de sus accesorios: tiene su equipo de música, su coche... y su muñeca de carne y hueso con la que, cada vez más de tarde en tarde, alivia sus más bajos instintos.

Estaba muy sorprendida por lo comunicativa que parecía Ángela aquella noche. Nunca me había hablado tanto de su marido, y con un nerviosismo creciente yo iba descubriendo que, tal vez, la crisis de su matrimonio fuera mucho más profunda de lo que había sospechado. Tras dar otro sorbito de vino, mi amiga siguió con sus quejas, aunque sin desprestigiar el salmón ahumado que acababan de servirnos.

—Aprovechando la fiesta de la semana que viene pretende ir a la casita que tenemos en la sierra, ¿no puedes imaginar lo aburrido que es aquello!

—¿No tienes amigos allí?

—No, es un sitio muy solitario, apenas una aldea. Él se entretiene con su bicicleta y practicando cualquier deporte, y a cambio de ir luego a la playa a mí me toca ceder y aguantarme.

—¿Y qué haces tú entonces para entretenerte?

—Leo novelas, veo la televisión... y cuento las horas que faltan para que llegue el lunes, ¿no es patético?

Las dos nos reímos a la vez. Ángela estaba preciosa, con las mejillas encendidas a causa del vino y con su esbelto y aristocrático cuello tan cerca de mí que me quitaba el aliento. ¿Cómo sería besarlo, recorrer despacio su piel tersa y delicada con los labios? Su mano sobre la mía, ¿había sido tan suave! De nuevo, rellené las copas de vino, y sólo entonces me di cuenta de que la botella estaba prácticamente vacía... ¡y eso que yo apenas había tomado un par de sorbos!

—Me parece que estoy un poco borracha —anunció entonces mi amiga con

una sonrisa que la delataba.

—Eso me parece a mí, no bebas más o tendré que llevarte a casa a cuestas.

—¿Entiendes ahora por qué digo que a veces me gustaría ser lesbiana? Poder prescindir de los hombres sería maravilloso.

—Estoy segura de que las lesbianas tienen sus propios problemas —contesté sin poder evitar un suspiro de desconsuelo.

—¿Tú crees? No me puedo imaginar qué problema podríamos tener tú y yo, por ejemplo, que no pudiéramos resolver charlando. ¿Pedimos otra botella de vino?

—¿De verdad piensas que tú y yo nos llevaríamos bien?

No conseguía pensar con claridad. ¿Y si el alcohol estaba haciendo que Ángela hablase de cosas que en realidad la corroían por dentro? ¿Y si ella se sentía atraída por mí? Dios, ¿sería tan sublime! Era tentador dejarse cautivar por esa posibilidad, ¿no sería increíble que las dos llevásemos meses ocultando sentimientos que ya no podíamos sujetar por más tiempo?

—La vida en el instituto es mucho más agradable desde que apareciste tú.

Tenía un nudo en el estómago, apenas había conseguido tocar el salmón y me costaba permanecer quieta en mi asiento.

—Ángela, yo...

—Quiero que sepas que eres mi mejor amiga. Espero que tú encuentres un hombre más cariñoso que el mío.

¿Por qué tuvo que añadir Ángela esa maldita frase? Odio la palabra “amiga”, la detesto. Por unos segundos había soñado con otro final totalmente distinto, y ahora de nuevo sentía sobre mi espalda el conocido jarro de agua fría que me dejaba tiritando emocionalmente.

—Escucha, ¿por qué no te vienes con nosotros a nuestra casa en la montaña? Podríamos pasarlo estupendamente juntas.

—Vaya, yo...

—Vamos, ámate, sé que todavía no tienes ningún plan para esos días.

—¿No deberías consultarlo antes con Julián?

—¿Bromeas? Estaría encantado de poder desentenderse de mí sin remordimientos. Claro que, con lo guapa que eres... tal vez no sería lo más inteligente por mi parte.

—Por dios, Ángela, estás *realmente* borracha.

—Sólo digo la verdad, no entiendo cómo es posible que no tengas pareja.

—¿Otra vez con eso? Ahora mismo estoy muy centrada en mi trabajo y no tengo tiempo para esas cosas.

Cada vez me notaba de peor humor. Todo en mi vida era un error, no debería seguir saliendo con Ángela, no tendría que estar cenando allí con ella, y por supuesto bajo ningún concepto debería aceptar su invitación.

—Entonces, ¿te animas?

—No lo sé. Te lo agradezco mucho, de verdad, pero tendría que hablar con mis padres. Les había prometido ir a verles estos días...

—No puedo aceptar que me abandones por tus padres. Prométeme que intentarás librarte de ellos.

Me sentía increíblemente cansada. Lo único que deseaba en aquel momento era volver a mi casa, meterme en la cama y llorar hasta caer rendida. Nuestra educación permite grados de intimidad física y afectiva entre mujeres que no estarían bien vistas entre hombres, y yo había estado muy cerca de malinterpretar las manifestaciones de cariño de Ángela. Hubiera sido horrible

confesarle mi amor y ser rechazada por ella, ¿cómo podría volver al trabajo entonces al lunes siguiente? Sin embargo, por unos instantes maravillosos, había llegado a creermelo que podía tenerla, que había al menos una pequeña posibilidad, y algo tan insignificante como eso había puesto mi mundo patas arriba.

Ahora, el problema era reunir la fuerza de voluntad suficiente como para rechazar su invitación. Sabía que Ángela sólo quería una amiga con la que poder charlar y pasar unos días agradables mientras el estúpido de su marido se entretenía haciendo dios sabe qué. De ningún modo podía acompañarla, tenía que ser fuerte y empezar a marcar distancias o acabaría sufriendo una vez más.

Cuando salimos del restaurante, Ángela estaba tan mareada que tuve que cogerla de la cintura para ayudarla a caminar.

IV

¡Es tan difícil tomar las riendas de tu propia vida! Crees que eres dueña de tu destino, luchas por hacer lo conveniente y no lo que realmente deseas y, cuando piensas que has tomado la decisión correcta... las circunstancias te sorprenden y te imponen sus propias órdenes. A veces pienso que fue la mala suerte la que desencadenó los acontecimientos; otras, estoy segura de que en realidad no hubo opción: no importaba el camino que eligiera, porque todos conducían hasta ti.

El sábado por la mañana me levanté sorprendentemente optimista. Me sentía fuerte, con ganas de demostrar mi carácter y dispuesta a no ceder ni un milímetro. El lunes, le diría a Ángela que me había llamado una amiga para invitarme a ir a la playa con ella y con un par de chicos muy interesantes. De ese modo, le demostraría que tenía una vida social activa y con posibilidades, y de paso la dejaría pensar que, de cuando en cuando, tal vez había sexo en mi vida.

Era, el de los hombres, un tema que me preocupaba. En alguna ocasión, Ángela había intentado indagar sobre mi pasado sentimental, y entonces yo había convertido a María, mi última pareja, en Mario, un impresentable abogado del que supuestamente me había separado poco antes de entrar a trabajar en el instituto. De cualquier modo, temía que se diera cuenta de lo poco que me interesaba el sexo masculino y de la nula atención que prestaba a Santiago, el profesor de Educación Física que con frecuencia trataba de invitarme a tomar café. Así pues, mi excusa tendría un doble objetivo: evitar que mi enamoramiento se convirtiese en algo serio, y proporcionarme una tapadera que ocultara la cruel realidad de que a mis veintisiete años llevaba siglos sin tener una cita.

Decidida por tanto a sacar como fuera a Ángela de mi vida, pasé el fin de semana con una actividad impropia de mí: el sábado por la mañana rescaté el chándal del fondo del armario y salí a correr, y por la noche quedé con una amiga para dar una vuelta y tomar algo. El domingo lo dediqué a preparar las clases de la semana siguiente y a planchar un montón de ropa que casi llegaba hasta el techo. Finalmente, y para prevenir una posible recaída en la tentación, telefoneé a mis padres y les anuncié mi llegada para el viernes siguiente.

Por una vez, podía sentirme orgullosa de mí misma por la madurez con la que había encarado la situación. Porque, en realidad, me moría de ganas de aceptar la invitación de Ángela.

Todo se vino abajo como un castillo de naipes. El lunes, nada más verme en la sala de profesores, Ángela se acercó a mí con una sonrisa radiante, y cogiéndome del brazo, dio por sentado que mi respuesta a su invitación sería afirmativa:

—¿Sabes? Mi marido ha hecho planes para escalar no sé qué pedrusco con un amigo. Saldrán el sábado a primera hora y ya no volverán hasta el domingo, así que estaremos solas casi todo el fin de semana, ¡será estupendo!

Aquello era demasiado para mis fuerzas. Sólo entonces comprendí que era de la presencia de Julián, y de los celos que dicha presencia pudieran provocarme, de donde había sacado los arrestos para mi “firme decisión”. De repente, veía ante mí la posibilidad de una noche a solas con Ángela, en una remota casita en la montaña, charlando con una copa de vino ante la chimenea encendida... y eso lo cambiaba todo radicalmente.

Esa misma tarde, volví a llamar a mis padres para cancelar mi inminente visita. La voz decepcionada de mi madre me pareció un negro presagio al que traté de no prestar atención.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Ángela se pasa el día hablando de ti.

Por mucho que lo intentara, estaba segura de que Julián no iba a caerme bien, y el hecho de haber resultado ser un hombre apuesto y de constitución atlética no iba a servirle de ayuda. Siempre que pensaba en él, trataba de imaginarlo con poco pelo, con una barriga cervecera muy evidente y con aire desastrado y hasta grosero. Para mi desgracia, el hombre que estaba ante mí era todo lo contrario a lo que yo había deseado, ¿por qué el destino me golpeaba siempre con tanta saña?

Me habían recogido en mi casa, y ahora estaba en el asiento trasero de su coche, mirando por la ventanilla y tratando de no fijarme en cómo, de cuando en cuando, Julián dejaba descansar su mano derecha sobre la rodilla desnuda de su mujer. Sentía una envidia inmensa hacia él, que poseía el tesoro que yo tanto deseaba y ni siquiera era capaz de cuidarlo con la atención que merecía. No podía dejar de pensar en que sus labios habían besado los de Ángela, en que habían recorrido miles de veces aquel cuerpo que yo tan sólo había podido entrever en un triste probador de un centro comercial.

Sin duda, fue un error aceptar aquella maldita invitación, ¿en qué había estado pensando? Sí, pasaría la noche del sábado a solas con Ángela pero, ¿de qué iba a servirme? Sentía una profunda irritación conmigo misma, estaba claro que ella sólo buscaba una amiga con la que compartir la soledad; por muchos problemas que tuvieran, estaba enamorada de su marido, y de haber tenido la más mínima pista sobre mis verdaderos sentimientos nunca me habría propuesto acompañarles. ¿Por qué resulta tan difícil actuar racionalmente cuando se trata de asuntos relacionados con el corazón?

Sólo el ver la cara de felicidad de Ángela me infundía algo de ánimo. Mi amiga estaba radiante, vestía unos pantalones cortos y una camiseta que la

hubieran hecho confundirse con alguna de las estudiantes del instituto, y parecía tan contenta de llevarme con ellos que no podía dejar de sentir cierta satisfacción no demasiado consecuente. Cuando, a media tarde, llegamos a nuestro destino, lo primero que hizo fue enseñarme el cuarto de invitados, una coqueta habitación que evidentemente había sido decorada con esmero y buscando hacer que quien se alojara allí se sintiera como en su casa.

—Es muy acogedor —reconocí mientras empezaba a deshacer mi maleta.

—¿De veras te gusta? Si necesitas cualquier cosa, nuestro dormitorio está al final del pasillo. El único problema es que tendremos que compartir el baño, ¡esta casa es tan pequeña!

—¿Compartir el baño con dos mujeres? —oí a Julián desde el piso de abajo — ¡yo sí que soy un héroe! Menos mal que mañana os dejaré el terreno despejado.

Me costó mucho mantener la compostura aquel día. Aunque tal vez su marido no fuese todo lo cariñoso que Ángela necesitaba, con dolor tuve que reconocer que no era ni mucho menos el monstruo que yo había querido imaginar. Se mostraba amable conmigo y atento con ella, trataba de resultar agradable e incluso hizo gala de un cierto sentido del humor.

Por otra parte, comprendía perfectamente que mi amiga se sintiera sola allá arriba. El pueblo más cercano quedaba a casi diez kilómetros, y para llegar hasta allí había que recorrer una carretera estrechísima y llena de curvas que discurría entre frondosos y solitarios bosques. Aparte de su casa, apenas se veía una docena de edificios aislados y diseminados por la ladera de la montaña.

En realidad, parecía el sitio perfecto para tener una aventura romántica.

—Espero que estéis hambrientas, voy a encender la barbacoa.

—Cariño, llévate a Sofia y le enseñas la parte de atrás de la casa.

—¿No prefieres que te ayude con esto?

—No discutas con la jefa —sonrió socarronamente mi anfitrión— nunca serías capaz de colocar las cosas como ella pretende.

No sé qué me ofuscaba más, si el hecho de quedarme a solas con el primer hombre que creía haber odiado en toda mi vida, o el “cariño” afectuoso con el que Ángela se había dirigido a él.

—Trabajo aquí un poco todos los veranos, ¿te gusta?

Encima, por lo visto era un manitas. La barbacoa tenía un aspecto completamente artesanal, y muy orgulloso confesó ser el constructor; también se ocupaba de quitar las malas hierbas del pequeño jardín, de podar los árboles y yo qué sé cuántas cosas más. Yo apenas le escuchaba; en lo único que podía pensar era en lo inapropiado de mi presencia allí, y en cómo era posible que me hubiera dejado enredar en un embrollo semejante.

—Es estupendo que hayas venido con nosotros.

—Gracias —sabía que estaba siendo demasiado escueta y hasta hostil, pero por más que lo intentaba no conseguía superar mi animadversión hacia él.

—Lo digo de verdad. Llevaba siglos preparando la actividad de mañana y me quedo más tranquilo sabiendo que Ángela no va a estar sola aquí abajo.

—Sí, lo entiendo. Esto es muy bonito pero está muy apartado.

—En realidad, mi mujer me dijo que si no venías tú se quedaría en Madrid. Me alegro de que haya encontrado una amiga íntima.

¡Qué lejos estaba Julián de sospechar que, conmigo, no era precisamente una amiga lo que había metido en su propio hogar! Suspirando, me senté en un

comodísimo balancín de dos plazas mientras veía a Julián encender la lumbre para la cena de esa noche.

Impulsándome levemente en el sofá-columpio, tuve que reconocer que se trataba de un lugar acogedor; no parecía difícil imaginar al matrimonio disfrutando de encuentros tórridos bajo la luz de la luna justo en el sitio donde me encontraba sentada en ese momento. Pero no podía seguir haciéndome aquello a mí misma. Ya que yo sola me había metido en la boca del lobo, tenía que tratar de comportarme racionalmente, dejar que pasara el fin de semana y, al regresar al instituto, disciplinarme y empezar a marcar las distancias con Ángela. Porque cada vez que me cogía del brazo me mataba sin saberlo, y cuando me sonreía o se mostraba encantada por mi presencia conseguía que mi pulso se acelerara y mi deseo hacia ella creciera sin parar.

—¿Todo bien por aquí? —Ángela apareció con una botella de vino y unos aperitivos que colocó sobre una mesita. Acto seguido, se sentó a mi lado en el balancín—. ¿Verdad que es comodísimo? Julián no quería comprarlo, dice que es demasiado burgués, pero a mí me encanta.

Hubiera estado de acuerdo con mi amiga si no fuera porque, las dos juntas en el pequeño sofá, estábamos tan próximas que temí ponerme colorada por el efecto que me causaba el más leve contacto físico con ella. Y es que balancearse suavemente al lado de Ángela era tan embriagador como la deliciosa copa de vino que mi anfitriona me había servido. Sólo la presencia de Julián estropeaba lo que podría haber sido un momento perfecto, claro que, al día siguiente... No sabía si pensar en ello me ayudaba o me quitaba los últimos restos de cordura.

—Esto ya está listo —anunció entonces mi enemigo mientras sacaba de la barbacoa nuestra apetitosa y humeante cena.

Levantándonos de nuestro sitio, Ángela y yo nos sentamos a su lado en la mesa

del jardín. La noche empezaba a envolvernos, y sólo una aislada bombilla colgada de un cable que iba de árbol a árbol nos daba la luz suficiente para encontrar los cubiertos. Apenas nos veíamos las caras, el silencio era prácticamente absoluto y hubiera sido fácil pensar que no había nadie más en el mundo aparte de nosotros tres. ¿Sería muy complicado eliminar a Julián sin ser descubierta? Debía medir alrededor de uno ochenta y seguramente pesaba treinta kilos más que yo pero...

—He quedado con Pablo en que venga a recogerme mañana con su coche. Así os podéis quedar el nuestro, por si queréis bajar al pueblo a dar una vuelta o algo.

—Estupendo —batió palmas Ángela mirándome entusiasmada—. He pensado que por la mañana podríamos hacer una excursión por los alrededores. No temas, hay rutas que no son demasiado exigentes. Luego, por la noche podemos ir a cenar al pueblo. No es que haya mucho donde elegir pero lo pasaremos bien.

—Me parece una idea excelente.

En realidad, hubiera preferido repetir la experiencia de esa misma noche, las dos solas y sin el estúpido Julián a nuestro alrededor pero, ¿qué podía hacer, aparte de fingir que todo era perfecto? Siendo sincera, no podía quejarme del trato que mi anfitrión me dispensaba: a cada minuto me preguntaba sin deseaba algo, me ofrecía cuanto tenía y trataba de entablar una conversación amable conmigo. Por mi parte, yo contestaba apenas con monosílabos, y sólo el temor a que Ángela pudiera notar algo hacía que me esforzase por comportarme con normalidad.

—¿Tienes ya planes para estas vacaciones?

“Robarte a tu mujer y hacerle el amor hasta no poder más”, estuve a punto de contestar, pero en lugar de eso recurrí a fórmulas más convencionales:

—Todavía no. Tal vez haga un viaje por Europa con unos amigos.

—¡Qué suerte tenéis los profesores, casi tres meses de vacaciones!

—¿Otra vez con eso? —saltó Ángela—. Si pasaras una sola semana con esos salvajes nuestras vacaciones te resultarían más que merecidas.

—Es posible que tengas razón —rió Julián al tiempo que se levantaba—. Chicas, creo que voy a dejaros, mañana tengo que levantarme a las cinco de la mañana.

—¿No está loco?

—Un poco sí —asentí, mucho más alegre ante la perspectiva de su retirada.

—Ya sabes dónde tienes tu casa Sofía. Puedes venir con nosotros siempre que te apetezca.

—Gracias, eres muy amable.

Tuve que mirar para otro lado cuando, antes de marcharse, dio un rápido pero delicado beso en los labios a mi amada.

—Pues ése es mi marido —suspiró Ángela cuando al fin nos quedamos solas en el jardín— ¿qué te ha parecido?

—Pues... parece simpático.

—Sin duda, es muy sociable. Todo el mundo lo encuentra encantador.

Un leve runrún de esperanza iba creciendo en mi interior al escuchar el tono de mi amiga. Era consciente de cambiar de humor cada poco tiempo, pero no podía evitarlo: tan pronto veía imposible cumplir mis deseos como era invadida por un injustificado optimismo.

—¿Tú no le encuentras encantador?

—No me malinterpretes, le sigo queriendo. Es sólo que... a veces creo que no tenemos nada en común. Yo estoy aquí tan a gusto, charlando tranquilamente, y él se levanta a las cinco de la mañana para subir a escalar una estúpida piedra. Tuve que dar un sorbito de vino para mantenerme quieta en la silla. ¡Yo sí que era como ella! ¡A mí también me encantaba conversar hasta las tantas, y hacerme luego la remolona al día siguiente en la cama! ¿No se daba cuenta Ángela de que éramos almas gemelas? Teníamos infinidad de cosas en común... incluyendo nuestro género femenino. Una leve desesperación me invadió al pensarlo, ¿no tendría mi amiga ni la más mínima inclinación lésbica?

—¿Estás cansada? Tal vez quieras acostarte tú también.

—¡No! Se está muy bien aquí. Además, habría que terminarse esta botella de vino.

Una Luna bellísima y espléndida dibujaba unas sombras caprichosas que parecían sacadas de un cuento de hadas. El único sonido era el de los grillos cantando y el del viento al deslizarse entre los árboles. Si hubiera podido detener el tiempo, me habría quedado para siempre en aquel jardín perdido en la parte trasera de una casa, en medio de la montaña y lejos de todo y de todos.

—Una idea excelente, pero empieza a hacer frío. Espera, voy a por una manta que tengo para estas ocasiones.

En efecto, a pesar del calor que hacía durante el día, el aire de la sierra empezaba a ser fresco, aunque tan absorta como estaba por la belleza del momento apenas lo había notado. ¿Se podía imaginar un escenario más perfecto? Sí, porque en un minuto mi amiga regresó a mi lado con una manta y, apagando la única luz que permanecía encendida, habló con voz que parecía directamente salida del paraíso:

—Coge el vino y vamos a sentarnos en el balancín. Ya verás qué maravilla.

—¿Tienes frío?

—En absoluto.

—¿No se está genial aquí?

—Sí... es estupendo.

—¿Me pones otra copa de vino, por favor?

Estábamos las dos juntas en el cómodo y mullido columpio, meciéndonos con suavidad y confortablemente protegidas del frío de la noche por una manta compartida. Podía notar el hombro de Ángela contra mi hombro, su cadera sobre mi cadera, y cada una tenía en la mano una copa de vino que degustábamos a pequeños sorbos. ¿Debo explicar cómo me sentía?

—Parece mentira que haya tantas estrellas, ¿verdad?

—En Madrid es imposible disfrutar de esto.

Ángela tenía razón, la oscuridad se ponía al servicio de la belleza del cielo nocturno, y todo parecía especialmente dispuesto para mis intereses. ¿Debería intentar besarla? No era yo la que había buscado aquel escenario, ni quien había insistido para hacer posible nuestro solitario encuentro. Recordaba las palabras de Ángela en el restaurante “a veces pienso que mi vida sería mucho más sencilla si fuera lesbiana”. ¿Serían una señal, una especie de globo sonda? Pero también, esa misma noche, había confesado seguir queriendo a su marido, al que llamaba “cariño” y con el que llevaba casada desde hacía casi diez años... ¡Dios, qué incertidumbre! Toda mi experiencia pasada no me servía para nada, no era capaz de intuir cuál sería la respuesta de Ángela en el caso de que yo me atreviera a tomar la iniciativa.

Además, ¿qué sucedería si me rechazaba? Estábamos en medio de la nada, y la situación sería entonces terriblemente embarazosa. Tal vez, sería mejor esperar un momento menos delicado, porque pasar el sábado juntas y solas después de un fracaso sentimental me parecía demasiado para mi estabilidad anímica. Claro que, ¿volvería a tener alguna vez una ocasión más apropiada que aquélla?

—No sabes cuánto me alegra que hayas venido. Esto sin ti no sería lo mismo.

—Yo también me alegro.

—Supe que íbamos a ser íntimas desde el primer día que nos vimos. Y no te creas, para mí no es tan fácil como parece conectar. Todo el mundo piensa que soy muy abierta, pero en realidad poca gente llega a importarme de verdad.

No podía más, tenía que decírselo. Contarle que yo no la consideraba una amiga, que para mí era especial, encantadora, irresistible. Que estaba enamorada de su sonrisa, de su forma de caminar, de su cuerpo cimbreante y sensual. Necesitaba soltarlo o iba a estallar como una caldera incapaz de soportar la presión.

—A mí tampoco me resulta sencillo —empecé con voz apenas audible. ¿No sería mejor aprovechar la oscuridad para besarla, sin más preámbulos?—. A veces me preguntas cómo es posible que no tenga pareja y...

—A Santiago le tienes encandilado. Anda todo el día detrás de mí, pretendiendo que haga de Celestina entre vosotros. ¿No te gusta ni siquiera un poquito?

Así eran las cosas con Ángela. Cada vez que me parecía que el camino estaba abierto y que ella sólo esperaba a que yo me decidiera, me soltaba algo que me enfriaba como si hubiera caído en un estanque de aguas heladas.

—No, no me gusta ni siquiera un poquito —respondí secamente.

—Bueno mujer, no te pongas así.

Las dos permanecemos en silencio durante unos segundos. Algo se había roto, aunque el calor del cuerpo de Ángela bajo la manta me seguía pareciendo tan embriagador que, si hubiera podido, habría pasado allí toda la noche. Era evidente que mi amiga había notado mi tono molesto, ¿tendría alguna sospecha sobre el verdadero motivo de mi enfado?

—Bueno, el vino se ha terminado. Creo que deberíamos acostarnos, mañana tendremos que levantarnos a una hora decente si queremos hacer todo lo que tenemos planeado.

Cuando Ángela salió de debajo de la manta, me sentí tan vacía que tuve que cerrar los ojos y concentrarme para no romper a llorar.

—Vamos, perezosa. Hace un día estupendo.

Ángela había entrado en mi cuarto sin demasiados preámbulos, subiendo la persiana y ataviada tan sólo con unas braguitas y una camiseta de dormir. ¡Qué guapa estaba! Aunque sólo fuera por poder verla así durante unos segundos, merecería la pena todo el sufrimiento que el futuro pudiera reservarme.

—Habíamos quedado en hacer unos bocadillos y pasar el día de excursión, ¿recuerdas?

—Sí... recuerdo, ¿qué hora es?

—Son casi las diez y media. Levanta, ya tengo preparado el desayuno.

Aunque hubiera preferido invitarla a meterse entre mis sábanas, me levanté, me puse la ropa que había llevado para subir a la montaña y me reuní con ella en la cocina.

—Venga, yo ya estoy lista. Espabila que después hará mucho calor.

Ángela estaba radiante, como si hubiera descansado toda la noche a pierna suelta. En cambio, yo apenas había conseguido dormir un par de horas, dándole vueltas a lo sucedido en el jardín cuando Julián se retiró. ¿De verdad podía creer que tenía alguna posibilidad? Tenía la sensación de estar recibiendo una de cal y otra de arena y, por mi experiencia previa, eso no auguraba nada bueno: temía estar viendo señales donde sólo había amistad, y coqueteo en lugar de un simple compañerismo vacío de todo significado.

¡Pero era tan complicado ver las cosas con claridad! Media hora después, Ángela caminaba delante de mí, con unos vaqueros cortísimos que dejaban sus espléndidos muslos a la vista, y yo podía deleitarme en el vaivén de sus amplias caderas y en el vertiginoso movimiento de sus llenas y redondeadas nalgas.

—¡Qué barbaridad, pareces una cabra montesa!

—Y eso que te saco unos cuantos años —rió feliz—, ¡todavía estoy en forma!

Si no hubiera sido tan encantadora, tanta perfección casi me habría resultado odiosa. Ángela era inteligente, divertida y endiabladamente seductora, ¿había posibilidad alguna de no enamorarse de ella? Para mí, estaba claro que no. También ponía su granito de arena el paisaje, un profundo desfiladero rodeado de montañas escarpadas y solitarias.

Jadeando detrás de ella, alcancé a duras penas la cumbre. Si ésa era la “excursión poco exigente”, no quería ni imaginar cómo sería una jornada de caminata al lado de Julián.

—¿Qué te parece? —me preguntó mi amiga señalando con un amplio gesto las vistas que se extendían a nuestros pies.

—Ha merecido la pena.

Había contestado con sinceridad. Multitud de arroyos serpenteantes se

derramaban por las laderas de las montañas vecinas, mientras el viento, suave pero sostenido, cimbrea los árboles a nuestro alrededor.

Buscando un sitio apropiado, las dos sacamos nuestros bocadillos y disfrutamos de una agradable comida mientras el sol calentaba nuestros rostros y nuestras piernas desnudas. Ni una sola vez mencionó a su marido mi amiga, y yo pude jugar a imaginar que no existía, y que nosotras éramos una pareja de mujeres enamoradas que al regresar a casa compartirían una deliciosa sesión de sexo afectuoso y sensual. ¿Era pedirle demasiado a la vida?

Después de una agradable charla, emprendimos el camino de regreso, mucho más rápido al hacerse siempre descendiendo. Según los cálculos de Ángela, teníamos el tiempo justo para llegar a casa, darnos una ducha rápida y coger el coche para bajar al pueblo. El único lugar decente que había allí cerraba pronto, así que no podíamos entretenernos demasiado si no queríamos tener que contentarnos con unas latas frías para cenar.

—Dúchate tú primero —dijo mi amiga consultando su reloj cuando estuvimos de vuelta—. No tenemos mucho tiempo si queremos llegar al restaurante.

Protestar hubiera sido negar lo evidente: a pesar de llevar el pelo más corto que ella, soy de esas mujeres que tardan una eternidad en el cuarto de baño. No consigo descubrir en qué invierto el tiempo, pero lo cierto es que necesito mucho rato para salir presentable. Por eso, en lugar de decir nada me limité a coger ropa interior limpia, unos vaqueros y una blusa y meterme con todo en el cuarto de baño.

—Pégame una voz cuando termines. Yo voy a tratar de hablar con Julián.

—¿Con Julián? —pregunté intentando parecer indiferente pero sin poder reprimir un sentimiento de angustia.

—Sí, tal vez tengan un poco de cobertura y pueda contarme qué tal les ha ido.

De nuevo, sentí la ya conocida irritación por mi propia estupidez. ¡Ángela sólo me veía como una amiga! Yo estaba allí porque la ayudaba a superar su soledad, porque era mucho más agradable pasar el día las dos juntas que aguardar aburrida el regreso de su marido. Casi me enojé con ella por utilizarme de aquel modo, pero mientras el agua caliente serenaba mis nervios consideré que no era justa, que ella no sabía el daño que me estaba causando y que su afecto por mí era sincero y desinteresado... cosa que no podría decirse del que yo sentía hacia ella.

Hecha un mar de dudas y experimentando sentimientos encontrados a cada segundo que pasaba, me di el último aclarado y cerré el grifo de la ducha. Por una vez, había sido rápida, mi amiga no podría culparme si no conseguimos llegar a tiempo al restaurante.

—¡Ángela, el baño está libre! —grité una vez vestida y mientras procedía a meter la ropa que había usado aquel día en el cesto de la ropa sucia.

—Chica, qué velocidad.

La repentina aparición de Ángela me hizo dar un respingo. Mi amiga debía estar a punto de entrar en el baño cuando la avisé, ¿lo habría hecho sin pedir permiso? El cristal de la ducha tenía una sola hoja sencilla y completamente transparente, y el mero hecho de pensar qué habría sucedido si yo me hubiera duchado con la parsimonia habitual me agitó de un modo inconcebible.

—¿Has podido hablar con Julián?

—Sí —contestó ella sin reparar en lo mucho que me costaba a mí hablar de su marido con naturalidad—. Dice que estará aquí mañana a media tarde.

Mientras hablaba, Ángela había puesto cuidadosamente la ropa limpia que traía en el brazo sobre el pequeño taburete que había en una esquina del baño.

¿Echaría de menos a Julián? Sin duda, preferiría su compañía a la mía en ese momento: se meterían juntos en la ducha y... ¿por qué me torturaba de aquel modo? Estaba buscando el secador y el maquillaje para llevármelos al cuarto de invitados cuando las palabras de mi amiga me hicieron sentir un delicioso mareo.

—No hace falta que te lleves todo. Puedes arreglarte aquí mientras me ducho.

Tuve que tragar saliva y respirar profundamente para ocultar mi excitación. En el fondo, supe que llevaba esperando algo parecido desde la tarde anterior, cuando Ángela se había excusado con falsa modestia por tener un solo baño que deberíamos repartirnos. Quizá los hombres no compartan tanta intimidad, pero entre mujeres es frecuente abrazarse, tomarse de la mano... ducharse juntas. Era sólo amistad, lo sabía, y nadie que no estuviera tan enamorada como yo podría encontrar erótica aquella situación, pero por mucho que intentara decirme que no significaba nada... ¡qué maravillosa sorpresa!

Con la mayor naturalidad del mundo, Ángela se había despojado del top que había llevado durante la caminata de ese día, y entonces yo pude admirar sus delicados hombros, su vientre plano y su pequeño ombligo, adornado con un minúsculo y coqueto piercing.

—¿Sorprendida? —me preguntó sonriendo al ver cómo miraba su ombligo fijamente.

—Pues...

—¿A que no creías que la profesora de Matemáticas fuera tan moderna?

Temiendo ser descubierta, enchufé el secador y me obligué a fijar la vista en el espejo. No supuso un problema excesivo. Poco atenta a mi propia imagen, pude observar con inesperado placer el reflejo de Ángela despojándose poco a poco de su ropa. ¡Qué majestuosas eran sus nalgas, a duras penas contenidas

por las pequeñas braguitas! ¡Y qué decir de sus pechos, llenos, bastantes más grandes que los míos y encantadoramente femeninos! Su tamaño les hacía caer levemente hacia abajo pero eso, lejos de disgustarme, me produjo una exaltación incontenible.

Apenas podía fingir indiferencia ante su desnudo. Cuando mi amiga se despojó de sus braguitas, sentí que cumplía uno de los sueños de mi vida. Su sexo, escondido entre sus pétreos y majestuosos muslos, lucía una hermosa y espesísima mata de dorado vello púbico que se me antojó irresistible. ¡Cuánto me hubiera gustado enredar allí mis dedos, jugar golosa haciendo tirabuzones hasta hartarme y luego, de rodillas, besar sin prisa alguna aquella gloriosa entrepierna!

—¿Me pasas más champú? Me parece que este frasco se ha terminado.

—¿Qué?

—El champú —Ángela me miraba desde la ducha, magnífica en su desnudez mientras forcejeaba con el tubo vacío sobre la palma de su mano—, no tengo suficiente. Saca otro de ese armarito.

—¡Claro, un momento!

Me temblaban tanto las manos que temí ser descubierta cuando le di el nuevo frasco. Las gotas de agua que caían por su cuerpo añadían un toque de sensualidad exquisita a su belleza, ¿no tenía unos pezones encantadores? Eran pequeños, pero de un color que les hacía destacar espléndidamente sobre el claro tono de piel de sus senos.

Intentando mantener la calma, volví a girarme hacia el espejo, obstinadamente. Ahora, Ángela me daba la espalda, ofreciéndome la incomparable visión de sus glúteos tensos y firmes, tan redondos que parecían trazados con compás y tan embriagadores que tuve que respirar tres veces para conseguir llevar aire a

mis pulmones. Si la tarde que la había visto probarse una falda me había enamorado de ella, ¿qué podría sucederme después de aquella experiencia?

—¿Qué te apetece hacer mañana al levantarnos?

—No sé... lo que tú quieras.

—Siempre hacemos lo que yo digo. Mañana haremos lo que tú prefieras.

¡Por favor, iba a darme un infarto! Si de verdad confesaba lo que deseaba hacer el resto del fin de semana probablemente Ángela dejaría de exhibirse ante mí con tanta desenvoltura, de modo que más me valía encontrar alguna propuesta menos interesante pero más políticamente correcta.

—¿No podemos simplemente descansar en el jardín? Me parece que yo soy mucho más perezosa que tú.

—De acuerdo, no me parece mal —rió ella al tiempo que procedía a enjabonar sus pechos con las manos—. Tal vez se me ha pegado algo de mi marido, después de todo.

Cada mención a Julián provocaba en mí una punzada de dolor que sólo con dificultad podía ocultar. Por otra parte, hacía tiempo que había terminado de secarme el pelo, pero todavía me faltaba ponerme un poco de maquillaje. La mía no era una belleza radiante y abrumadora como la de Ángela, la mía necesitaba esfuerzo y dedicación para florecer. Con dedos vacilantes, saqué la barra de carmín y apliqué una suave sombra sobre mis labios, un ojo en la tarea y otro en lo que sucedía a mi espalda.

—Esta noche no podremos cenar con vino, la carretera tiene muchísimas curvas.

¿Es que no iba a terminar nunca aquello? Por una parte deseaba que durara eternamente, pero por otra sentía que iba a ser incapaz de resistir mucho más. De nuevo, Ángela me ofrecía una vista frontal, y en el espejo yo podía admirar

el caprichoso recorrido que el agua hacía al descender por su cuerpo, y cómo su vello púbico, antes tan rizado, ahora aparecía empapado y como apelmazado, mientras un enloquecedor hilito de agua se deslizaba con suave cadencia desde allí hasta el plato de la ducha. ¡Qué envidia sentí al ver cómo una de sus manos pasaba un par de veces por aquel territorio prohibido, con inocencia y sin duda con el simple objetivo de eliminar los restos de jabón, pero arrancándome sin saberlo la escasa calma que pudiera quedarme!

—Sí... será mejor no beber nada.

Mi propia voz me sonaba ronca y muy diferente. ¿Cuánto tiempo llevábamos así? Había terminado ya de arreglarme, ¿no había invertido Ángela en aquella ducha mucho más tiempo del habitual? ¿Cómo se sentiría, exhibiéndose para mí? ¿De verdad mi presencia no la incomodaba en absoluto? Era desalentador, pensar que yo sería para ella tan poco estimulante como una madre o una hermana. De pronto, sentí el deseo incontenible de huir, pero a la vez me sentía atornillada en mi sitio; ¡estaba excitadísima y Ángela ni siquiera se daba cuenta!

—¿Me acercas la toalla, por favor?

—Toma.

Tenía que salir de allí, o al final mi invitada iba a darse cuenta de que, en realidad, llevaba ya un buen rato fingiéndome muy atareada pero sin modificar en absoluto mi aspecto. Al menos, ahora mi amiga había envuelto su cuerpo en la toalla que yo le había ofrecido, lo cual me permitiría regresar paulatinamente a la realidad habitual.

—Te dejo para que te maquilles a gusto —dije reprimiendo un suspiro y recurriendo a toda mi fuerza de voluntad.

—Espera, ya que estás aquí, ¿me das un poco de crema en la espalda por

favor? Soy muy blanca y hoy nos ha dado mucho el Sol.

Aquello era demasiado. Al tiempo que hablaba, Ángela había vuelto a despojarse de su toalla y, completamente desnuda, se había inclinado levemente, ofreciéndome su espalda. Como en un sueño, extendí una generosa porción de crema sobre mis manos.

¡Jamás había tocado una piel tan suave y cálida! Su contacto me quitaba la vida, podía notar su calor mientras mis manos la recorrían intentando ocultar mi avidez y mi lujuria. La espalda de Ángela era esbelta y aristocrática, su cintura tan breve que hubiera podido abarcarla con la mitad de mi brazo. Sus caderas, amplias y femeninas, me hacían temer perder el control. ¡Hubiera sido tan fácil bajar un poco más, asir sus nalgas, extender por allí la crema fingiendo indiferencia y simple amistad! O besar sus hombros, tan cerca de mis labios que podía aspirar su aroma, imaginar su sabor, anhelar su contacto...

No hice nada de eso. Tal vez me sentía una intrusa que abusaba de la inocencia de Ángela, ignorante sin duda del volcán que me consumía por dentro. Tal vez, tan solo temía dar un paso que, irremediablemente, impediría que aquello pudiera repetirse nunca.

—Muchas gracias. Tienes unas manos muy suaves, ojalá Julián fuera tan hábil para dar la crema como tú.

No fui capaz de contestar nada. Saliendo del cuarto de baño, me refugié en mi dormitorio y cerré los ojos durante unos minutos hasta que sentí que poco a poco recuperaba la compostura. Cuando eso sucedió, Ángela ya se había vestido y me esperaba para salir a cenar.

Si la noche anterior me había costado conciliar el sueño, aquella la pasé

completamente en vela. ¿Cómo podíamos estar tan cerca la una de la otra, en una casita perdida en la montaña, y a la vez tan monstruosamente separadas? No conseguía dejar de pensar en ello: Ángela dormía a escasos cinco metros de mí, Julián se había ido, y sin embargo me faltaba el valor para tomar la iniciativa.

El menor ruido, cada crujido de la madera, me parecían avisarme de su llegada. En cualquier momento, mi amiga recorrería el pequeño pasillo que separaba nuestros dormitorios, levantaría las sábanas de mi cama sin decir nada y... No, enseguida comprobaba decepcionada que sólo había sido una falsa alarma, el gemir de una vieja casona frecuentemente deshabitada. ¿No debería ser yo la que fuese hacia ella sin pedir permiso? La tentación era tan fuerte que no podía dejar de preguntármelo, pero los minutos pasaban sin que terminara de decidirme.

Reprendiéndome por mi cobardía pero sin hacer nada para superarla, los primeros rayos de Sol me encontraron abatida, cansada y enojada con el mundo entero.

V

En mi caso, vivir sola no era el resultado de una elección personal. Siempre me ha costado intimar, ir más allá de una relación cordial y sin complicaciones. Nunca he sido ese tipo de persona que se acomoda fácilmente a compartir piso con cualquiera; envidio sinceramente a aquellos a los que no les importa llegar a casa y charlar sin problemas con gente a la que apenas conocen y a la que probablemente no echarán en falta el día que el destino las separe. Sin duda, la vida resulta más sencilla si eres capaz de vivirla sin conceder tanta importancia a las cosas.

¿Qué es lo que hace que una persona nos parezca diferente a todas las demás? No soy capaz de definirlo. ¿Puede ser un modo de sonreír, la forma de caminar? Muchas veces tienes a alguien a tu alrededor, desviviéndose en vano por agradarte, y sin embargo caes sin resistencia alguna ante una persona que no ha hecho ningún esfuerzo por merecerlo.

Me estoy liando y no sé muy bien si entiendes lo que pretendo decir. Sólo quería que supieras que nunca había sido tan feliz como lo fui durante el tiempo que estuviste en mi vida.

Pasé el día siguiente consumida en una hoguera de incertidumbre. A ratos conseguía convencerme de que mi anfitriona había intentado seducirme con su exhibición, ¿acaso no había tardado una eternidad en salir de la ducha? ¿Y qué decir de su “inocente” petición de que le extendiera la crema por la espalda? Sí, podía pensarse sin ser una ilusa que había esperanzas. Pero entonces recordaba que Ángela no sabía que yo era lesbiana, y que por tanto su comportamiento bien podía deberse simplemente a la estrecha unión que sentía conmigo, unión que nunca traspasaría los límites que tanto daño me hacían.

El regreso de Julián a media tarde del domingo me dejó llena de pesadumbre. Nunca me había sentido tan desgraciada como en el momento en el que, a modo de saludo, sus labios rozaron los de mi amada por un instante fugaz. Mientras volvíamos a Madrid, presa de una ira irracional contra todo y especialmente contra mí misma, me juré que esa misma noche pondría el punto y final a la historia: aprovechando el final de curso pediría el traslado a otro instituto, lejos de la tentación y de toda aquella historia que amenazaba con volverme loca. Tenía mil razones válidas para hacerlo, y por el contrario no era capaz de imaginar ni una sola que me indujera a obrar de otra forma. Sabía que me dolería renunciar a Ángela, pero el tiempo lo cura todo y nada podría ser peor que la ansiedad que crecía día a día en mi interior.

Sin embargo, y como ya me había pasado más de una vez desde que la hermosa profesora de Matemáticas entró en mi vida, todo giró por completo con una simple frase. Estábamos de nuevo frente a la puerta de mi casa, el fin de semana tocaba a su fin y la realidad volvía a imponer su presencia sin compasión alguna. Tras dar un par de besos a Julián, saqué mi equipaje del portamaletas y me dirigí hacia el portal de mi casa. Entonces, Ángela, que se había bajado del coche para ayudarme, dio un par de pasos hacia mí, y cuando estuvimos lo suficientemente lejos de su marido, al mismo tiempo que apretaba mi brazo con afecto casi susurró a mi lado:

—Gracias una vez más.

—¡Qué tontería! Yo también lo he pasado muy...

—Hacía mucho que no me sentía tan cerquita de alguien.

Habrà quien piense que hago un mundo de una niñería, porque eso fue todo. Me puse tan nerviosa que, tal vez un poco abruptamente, metí la llave en la puerta y desaparecí de su vista. Luego, en la soledad de mi apartamento, intenté analizar lo sucedido.

¿Había un segundo sentido en las palabras de mi amiga? Siendo estrictos, podían ser inocentes, pero lo había dicho entrecerrando los ojos de una forma que me había traspasado. ¿Eran sólo imaginaciones mías? Podía ser, era plenamente consciente de que, en lo que a Ángela se refería, ni mucho menos conseguía ser racional. Porque también podía suceder lo contrario, que mi amiga llevara mandándome señales desde hacía meses y yo me estuviera negando a reconocerlas, privándome así a mí misma de lo que llevaba tanto tiempo deseando.

El probador, la invitación a su casa, la velada bajo las estrellas... ¡y la inolvidable ducha! ¿No debería confesarle a Ángela mis sentimientos? Mejor sería salir de dudas que pasar el resto de mi vida reprochándome mi cobardía. Aunque hubiera sólo una posibilidad entre mil, debía apurarla con decisión y honestidad. Sí, eso haría, elegiría el momento oportuno y jugaría mis cartas lo mejor posible. Si fracasaba, pediría ese cambio de destino que entonces estaría plenamente justificado; si tenía éxito... ¡estaba tan nerviosa que me negaba a pensar en ello, no fuera a atraer la mala suerte de tanto recrearlo en mi imaginación!

Por desgracia, una vez más desoí mis propios consejos, y después de pasar horas en vela planificando la mejor estrategia, acabé tirándolo todo por la borda y actuando de un modo impulsivo y precipitado.

Y eso que durante toda una semana conseguí reprimir mis deseos de abrazarla, de besar su cuello y acariciar sus manos de dedos largos y delgados. Sabía que, en un caso tan delicado, de la adecuada elección del momento dependía buena parte del éxito de la empresa. No sólo se trataba de que Ángela nunca hubiera besado a otra mujer; para complicarlo más yo era una compañera de trabajo, alguien a quien tendría que seguir viendo día tras día

independientemente de cuál fuera el resultado de mi asalto.

¿Por qué, entonces, si era tan consciente de que debía ser cauta, fui incapaz de seguir el plan trazado? Supongo que estaba tan enamorada que actué con el corazón y no con la cabeza. Por otra parte, había algo que me preocupaba enormemente: parecía obvio que el matrimonio de Ángela atravesaba, si no una crisis, al menos sí un período de desencanto. ¿Y si, mientras yo aguardaba el momento oportuno, la chispa volvía a surgir y me negaba entonces cualquier posibilidad? Sería para tirarse de los pelos fracasar por mi falta de decisión.

Creo que ese temor fue el que indujo a lanzarme al vacío aquella mañana en la que, un día antes del final de curso, dos golpes suaves en la puerta de mi despacho me interrumpieron mientras corregía los últimos exámenes.

—Adelante, la puerta está abierta.

El rostro sonriente de Ángela me produjo un regocijo que, de tan intenso, llegaba a ser preocupante.

—¿Te molesta si me quedo aquí a corregir mis ejercicios? Hay una reunión en mi departamento y arman un ruido insoportable.

—Claro que no. Hazte un sitio y ponte cómoda.

Sin hacerse de rogar, Ángela se sentó frente a mí al otro lado del escritorio. Estaba preciosa, con unos vaqueros ajustados y una blusa que dejaba sus suaves brazos al descubierto. Durante un rato, las dos nos dedicamos en silencio a nuestra tarea. La llegada del fin de curso me parecía una buena señal: sin duda sería el mejor momento para actuar. Una tarde quedaría con ella en algún sitio tranquilo, charlaríamos, la invitaría a tomar una copa de vino —sabía lo mucho que mi amiga se relajaba en cuanto probaba el alcohol—, y ya no me quedaría más que cruzar los dedos y confiar en la suerte... y en mis encantos.

—¿Tú crees que los alumnos nos escuchan cuando hablamos? —pregunté mientras ponía un cero en un examen—. Gómez cree que Cervantes es el autor de *El Lazarillo de Tormes*, y que “va de un ciego que siempre tiene mucha hambre”.

Ángela se rió a carcajadas desde el otro lado de la mesa. Llevaba el pelo recogido en una coleta, y yo no podía dejar de apreciar lo delicado y esbelto que parecía su cuello a la luz del flexo que nos iluminaba. Mi amiga me gustaba de cualquier forma y a todas horas, pero cada vez que se recogía el pelo sentía un rebullir en mi estómago que no conseguía explicarme. Tampoco podía evitar, cada vez que la miraba, detenerme unos segundos en la contemplación del majestuoso volumen de sus senos, tal vez demasiado evidente para las mojigatas costumbres de nuestro instituto.

—¿Y qué me dices de éste? —contrató mi amiga levantando en el aire un folio lleno de correcciones en rojo—. ¡Es buenísimo, escucha!

Cuando trabajo durante mucho tiempo seguido, a veces tengo la costumbre de sentarme sobre una de mis piernas, dejando media silla vacía. Por eso pudo Ángela levantarse de su sitio, venir hacia mí de un salto... y sentarse a mi lado en la media silla que quedaba libre. De pronto y sin haberlo imaginado, estábamos otra vez tan juntas que podía sentir la tibieza de su cuerpo junto al mío, nuestros hombros tocándose, su rodilla izquierda descansando sobre mi muslo derecho.

—Problema —leyó mi amiga, aparentemente ajena al efecto que su cercanía causaba sobre mí—: Dos ciudades A y B distan 300 km entre sí. A las 9 de la mañana parte de la ciudad A un coche hacia la ciudad B con una velocidad de 90 km/h, y de la ciudad B parte otro hacia la ciudad A con una velocidad de 60 km/h. ¿Cuánto tardarán en encontrarse? Respuesta: poco porque la distancia es muy corta.

Las dos nos reímos por la ocurrencia. Al hacerlo, sus senos oscilaron tan cerca de mí que me parecía sentir su presión sobre mi antebrazo. Notaba el calor de su piel sobre la mía, me mareaba aspirar su aroma a fresas frescas y excitantes. Mi pulso había duplicado su cadencia y padecía la conocida sensación de no conseguir respirar adecuadamente, como si tal actividad hubiera dejado de ser involuntaria para convertirse en algo que requiriera de todo mi esfuerzo y concentración.

—¿De verdad pensaré que tiene opciones de aprobar?

Las dos habíamos vuelto la cabeza para mirarnos en un gesto de complicidad, y de pronto estábamos tan cerca que podía notar su aliento sobre mi boca. Incapaz de controlarme durante más tiempo, me bastó con inclinarme un par de centímetros hacia ella para que nuestros labios se rozaran levemente. Fue un beso tierno, sutil, apenas insinuado, un beso que a mí me transportó al paraíso pero que hizo que Ángela arrugara la nariz y frunciera el entrecejo.

—¿Qué haces?

Mi amiga parecía extrañada, pero no se movía ni hacía nada que terminara de decantar la partida hacia un lado o el otro. Por toda respuesta, notando que el corazón se me salía del pecho y que toda mi felicidad futura dependía de los siguientes treinta segundos, volví a inclinarme hacia ella y la besé de nuevo.

Esta vez, fue un beso más prolongado. Cumpliendo un deseo que me quemaba desde hacía meses, recorrí sus labios con los míos, los mordisqueé con ternura, traté de insinuar mi lengua con cautela...

Ángela se levantó bruscamente. No parecía enfadada, pero tampoco daba muestras de que aquello le agradara. Durante unos segundos, las dos nos miramos en silencio, ella quieta y como a la expectativa, yo aterrada por lo que pudiera venir a continuación. Podía apreciar cómo subía y bajaba agitado su pecho, sabía que debía decir algo que rompiera aquel ominoso silencio,

hacerla ver que yo seguía siendo la misma persona en la que podía confiar y que daría cualquier cosa por hacerla feliz, conseguir que entendiera que no había nada malo ni pecaminoso en mi anhelo de traspasar a su lado la frontera que separa la amistad del amor verdadero.

—Yo... —empecé a balbucir confusamente—, pensé que...

—Será mejor que termine de corregir los exámenes en mi departamento.

—Escucha Ángela, por favor... vamos a hablarlo.

Antes de que pudiera darme cuenta, mi amiga había cogido los ejercicios que le faltaban por revisar y había salido precipitadamente de mi despacho. Durante unos segundos me quedé inmóvil sobre la silla, incapaz de reaccionar. ¿Debía seguirla y tratar de arreglar aquel desastre? No podía creer mi torpeza, ¿en qué estaba pensando? ¿De verdad había creído que todo sería tan sencillo? Hubiera dado cualquier cosa por poder volver atrás en el tiempo y borrar los últimos diez minutos. Esa misma mañana, mientras me vestía para ir al instituto, tenía esperanzas, ilusión por el futuro; ahora, sólo me quedaban la derrota y la humillación más absolutas.

¿Cómo había podido convencerme de que una mujer heterosexual podía sentirse atraída por mí? Mi propia candidez me irritaba y me producía deseos de llorar a un tiempo. Lo único que podía hacer era dejar que las aguas se calmaran y, al día siguiente, tratar de disculparme con Ángela y procurar al menos salvar su amistad.

Ésa era una cuestión interesante. ¿De verdad podría conformarme con ser su amiga? Más bien, me inclinaba a pensar que con ella sólo me bastaba tenerlo todo, y que si eso era imposible lo mejor sería cortar cualquier tipo de relación. Ser consciente de ello me transmitió una calma inesperada, pero también me sumió en una tristeza estremecedora.

VI

A veces olvidamos que los demás también dudan y sienten miedo ante lo desconocido. Creemos ser los únicos dotados de esa sensibilidad especial que te hace andar con pies de plomo y asomarte tímidamente a los aspectos novedosos de la vida, y no nos damos cuenta de la incertidumbre que corroe a los que tenemos más cerca.

Supongo que tal falta de perspicacia se acrecienta con las personas que más nos importan. Después de tu rechazo pasé la noche sin dormir, me sentí perdida y, lo que es peor, justamente castigada por no haber sido honesta contigo desde el primer momento. Por si te lo estás preguntado, también recuerdo lo que llevabas puesto al día siguiente, cuando al regresar a casa te encontré esperándome en la calle, con ese aire entre asustado y resuelto que tanto me costó interpretar: una sencilla blusa de flores, una falda ligera que dejaba a la vista tus preciosas piernas, y unas zapatillas blancas que te hacían parecer una chiquilla.

Al verte, pensé que nunca me habías parecido tan bonita.

Último día de curso. Después de pasar la noche dando vueltas, me levanté tan abatida que no conseguía ver las cosas con claridad. Mi amiga había puesto tal cara de sorpresa cuando la besé, que cada vez que lo recordaba no podía evitar tener la sensación de haber abusado de su confianza. Ella siempre creyó en mi amistad, había buscado en mí un apoyo desinteresado y, sin saberlo, se había encontrado con una loba en celo dispuesta a devorarla.

Sí, yo había buscado su compañía con intenciones poco honradas, aprovechándome de mi privilegiada situación y viviendo en un estado de sensualidad creciente cuando ella, inocentemente, me rozaba con sus cálidas

manos de pianista o me abrazaba, ajena a lo que eso provocaba en mi cuerpo. ¡Y qué decir de la ya mítica en mi memoria escena de la ducha! Pocas veces en mi vida recordaba haber estado tan excitada. Ángela me parecía el ser más maravilloso que jamás conocería... y lo había echado todo a perder por mi torpeza.

Con el estómago encogido me puse unos vaqueros y una camiseta y salí hacia el instituto sin desayunar siquiera. Ansiaba volver a verla, merecer al menos una sonrisa de comprensión por su parte. No podía soportar la idea de separarnos de un modo frío e impersonal; si me veía obligada a buscar otro puesto de trabajo, necesitaba al menos dejar tras de mí un recuerdo afectuoso al que aferrarme en las noches solitarias que sin duda me esperaban.

Pasé toda la mañana en el departamento de Literatura, rellendo los últimos boletines de notas y ordenando a toda prisa la multitud de papeles que había acumulado durante el curso. Cuando por fin pude dar por concluida mi tarea, me dirigí sin aliento a la sala de profesores, donde era habitual tomar un pequeño refrigerio para celebrar la llegada de las ansiadas vacaciones.

Allí estaba Luis, el profesor de Historia, hablando con David, el director; en otra esquina pude ver a la profesora de Química charlando con la de Geografía; ¿dónde se había metido Ángela?! Creo que sólo entonces me di cuenta de que, sin su presencia, la compañía del resto de mis colegas me resultaba incómoda y terriblemente desprovista de interés.

—¿Una cerveza?

Lo que me faltaba. Santiago, el profesor de Educación Física, me había visto entrar y ya estaba allí, dispuesto a no dejarme en paz durante el resto de la mañana. Desde luego, a él nadie podría reprocharle nunca el no ir con la verdad por delante.

—No, gracias. Es temprano para mí.

—¿Qué tal el final de curso?

—Cansada de corregir exámenes, ya sabes.

¿Había sido yo tan torpe al leer las señales que Ángela me transmitía como lo era Santiago con las mías? Apenas le prestaba atención, le contestaba maquinalmente mientras oteaba en todas direcciones buscando a mi amiga pero él, lejos de desanimarse, porfiaba a mi lado sin desfallecer:

—¿Has hecho ya planes para estas vacaciones?

—No, todavía no.

—Yo voy a pasar una semana con unos amigos en un chalecito en la playa. Oye, podrías apuntarte, hay sitio de sobra.

Resultaba agotador, y lo peor era que no se veía a Ángela por ningún sitio. ¿Se habría marchado ya? Si eso era lo que había sucedido, no podía esperarse nada bueno: ella era más sociable que yo y su ausencia me hacía temer que estuviera mucho más dolida de lo que imaginaba.

—Creo que voy a marcharme Santiago... me duele un poco la cabeza.

—Vaya, ¿a ti también? Ángela se ha marchado hace cinco minutos diciendo lo mismo. No puedo creerme que vayáis a dejarme solo con los vejestorios, no es justo.

Tal vez no fuera justo, pero cinco minutos después yo estaba en el autobús, tratando de localizar a Ángela y preguntándome si de verdad no oía mis llamadas o si simplemente no deseaba volver a hablar conmigo nunca más.

No sé si experimenté alegría o espanto cuando me encontré con ella en el portal de mi casa. Al menos, me concedía la posibilidad de una explicación, y con pasos cortos y nerviosos me acerqué a ella precipitadamente. Si en aquel

momento los edificios se hubieran derrumbado a nuestro alrededor, yo ni siquiera habría oído un leve murmullo.

—Llevo todo el día buscándote.

—He terminado pronto y no me apetecía quedarme en el instituto, ¡Santiago es tan pesado!

Un júbilo indescriptible me invadió cuando comprobé que, más que enfadada, Ángela parecía triste y desorientada.

—¿Quieres... subir a tomar un café?

—Claro —contestó sin atreverse a mirarme a los ojos.

Entramos en el portal en un silencio nada habitual entre nosotras. Nunca me había parecido que el ascensor de mi casa tardara tanto en subir tres míseros pisos, ¿estaría estropeado?

—Siéntate mientras pongo la cafetera. Enseguida estoy contigo.

¡Qué extraño resultaba todo! Hasta el día anterior, éramos las mejores amigas del mundo y siempre teníamos miles de cosas de las que hablar. Ahora, sin embargo, estábamos cohibidas como si no nos conociéramos de nada, o como... como dos personas a punto de tener una conversación trascendental.

Ángela ya había estado una vez en mi casa antes. Una tarde del mes anterior fuimos las dos juntas al cine, y al volver yo la había invitado a subir y ella se sentó en el mismo sofá donde ahora me aguardaba, tensa y en silencio. Aquella noche, yo había lamentado mi falta de arrojo, que me había impedido intentar seducirla. Cuando se marchó me juré a mí misma que, si alguna vez volvía a estar en mi apartamento, las cosas serían muy diferentes. Ahora, la tenía allí de nuevo, pero las perspectivas no parecían mucho más halagüeñas. Sentándome a su lado, puse la bandeja con el café sobre una mesa y, respirando profundamente, intenté romper el hielo que se había instalado entre

nosotras:

—Escucha, siento lo de ayer... o mejor dicho, no lo siento, llevo deseando hacerlo desde hace siglos. Lo que quiero decir es que...

Toda la noche planeando palabra por palabra lo que iba a decirle y cuando llegaba el momento me metía yo sola en un bucle del que no sabía cómo salir. Por su parte, Ángela me escuchaba en silencio, con la mirada obstinadamente fija en sus zapatillas y sin mover un músculo de su cuerpo.

—... sé que debería haberlo hecho de otra forma. Viniste a mí buscando una amiga y yo no fui sincera contigo. Comprendo que estés molesta, te pido perdón y te aseguro que...

—Creo que me gustó que me besaras.

Sin duda, mis oídos me estaban engañando para que escuchara lo que quería oír, y no la cruda realidad.

—¿Qué?

Por primera vez aquella mañana, Ángela se atrevió a mirarme abiertamente antes de volver a hablar.

—Estoy... tan confundida. Creo que lo deseaba y lo temía a un tiempo, ¿te parece que estoy loca?

Ahora sí que me temblaban las piernas. Cinco minutos antes me sentía la persona más desgraciada del universo y, de repente... ¿sería posible un cambio tan radical de las circunstancias? No quería hacerme ilusiones, pero era imposible evitarlo: delante de mí tenía a la mujer que amaba, encogida y asustada pero pidiéndome a gritos ayuda para dar un paso que ella sola no se atrevía a dar, y lo último que podía hacer era no tratar de aprovechar la ocasión.

—Claro que no estás loca —susurré al tiempo que me aproximaba a ella, pero teniendo especial cuidado en no rozarla siquiera con mi cuerpo—. Es natural sentir dudas...

—De algún modo, lo de ayer no me sorprendió.

De pronto fui yo la que necesitaba el silencio para asimilar lo que sucedía. Entonces, sus palabras ambiguas en el restaurante, su invitación a entrar con ella en el probador... ¡era tan bonito que no parecía posible! Que Ángela hubiera estado flirteando conmigo, incluso sin ser tal vez plenamente consciente de ello, me parecía tan perfecto que apenas podía esconder mi satisfacción.

—Vaya... —dije soltando un suspiro eterno.

—Sí... vaya —cabeceó ella de un modo enternecedor.

Con la misma cautela que emplearíamos para acercarnos a un animalito asustado, cogí una de sus manos y entrelacé mis dedos con los suyos. Luego, las dos estuvimos así unos minutos, mirándonos en silencio y como calibrando las sensaciones que aquel contacto nos producía.

—Los científicos siempre decís que hay que apoyarse en la experiencia para encontrar la verdad, ¿no es así?

—Sí, claro —contestó mi amiga arrugando la naricilla con ese gesto que tanto me gustaba.

—Pues me parece que voy a besarte otra vez, a ver qué sucede.

—Creo que será lo mejor.

No podía creerlo. Tenía a mi lado a Ángela, podía notar su calor, podía oler su embriagadora fragancia y sentir sus dedos enredados dulcemente entre los

míos... ¡y ella estaba esperando que la besara!

Esta vez, no fue un beso furtivo y precipitado. Ahora, poniendo toda mi sabiduría, junté mis labios con los suyos, degusté su sabor y su textura y, poco a poco, introduje mi lengua en la calidez de su boca. Su saliva me pareció un manjar propio de dioses, y mientras repasaba uno a uno sus dientes tratando de fijar en mi memoria hasta el más mínimo detalle, me sentí plenamente recompensada por los sinsabores de los días pasados.

—¿Qué tal? —pregunté retirándome momentáneamente tras la primera escaramuza.

—No está mal —contestó ella con una sonrisa traviesa y fingiendo cavilar muy concienzudamente sobre la cuestión—. ¿Podrías probar otra vez, por favor?

—Por supuesto.

Con creciente excitación, repetí sin hacerme de rogar el encantador experimento. Ahora, la lengua de Ángela salió a encontrarse con la mía, y fue delicioso mezclarnos en un lento y apasionado intercambio de fluidos. Más decidida de lo esperado, de pronto fue mi amiga la que se atrevió a investigar mi boca, ejerciendo un papel activo que yo no esperaba pero que de ningún modo me desagradó.

—Pues... creo... creo que sí me gusta.

Por primera vez en mucho tiempo, reí al mismo tiempo que ella sin sentirme culpable y disfrutando plenamente del momento. ¿Estaría Ángela preparada para dar un pasito más? Aunque yo era ya una caldera a punto de explotar, dudaba del ritmo que debía seguir, y desde luego prefería reprimir mi ansiedad antes que dar algún paso en falso del que pudiera arrepentirme. Sin embargo, sus siguientes palabras me sorprendieron y agradaron en igual

medida:

—Desde un punto de vista estrictamente científico... tal vez debería quitarme la blusa.

Definitivamente, me consideraba incapaz de anticiparme a los deseos de Ángela. Tenía tanto miedo de estropearlo todo que a veces me parecía ir demasiado rápido con ella, pero otros temía estar comportándome de un modo pueril y excesivamente cauteloso. De cualquier modo, ahora mi respuesta sólo podía ser una: la de asistir en silencio al majestuoso momento en el que mi amada se desprendió de su blusa y, tras forcejear un instante con el automático de su sujetador, dejó una vez más a mi alcance la visión de sus generosos y bellísimos pechos.

—Estás muy guapa.

Mi voz empezaba a sonar alterada, y mi ardor creció al comprobar que un ligero rubor cubría las mejillas de Ángela. Esta vez no había excusa; aquello no podía disfranzarse de amistad, mi invitada quería que yo apreciara sus encantos, que los admirara, que los...

¡Fue increíble alargar una mano temblorosa y asir uno de sus pechos delicadamente! Las dos parecíamos observar absortas y concentradas lo que sucedía, como si realmente estuviéramos efectuando un experimento científico del que hubiera que anotar hasta el último detalle. Pero yo no estaba en absoluto en condiciones de explicar lo que sentía. La piel de Ángela era suave, sedosa y acogedora. Liberando la mano que tenía ocupada entre las suyas, me dediqué exclusivamente a sus senos, amasándolos, acariciándolos y recorriéndolos de un lado a otro sin prisa alguna. Fue sublime notar cómo se endurecían sus pezones al pellizcarlos con ternura mientras su propietaria, entre sonrisas cohibidas, suspiraba sin poder reprimir su excitación creciente.

No podía seguir conteniendo mi deseo. Con la mayor delicadeza de la que fui

capaz, hice que Ángela se recostara en el sofá y traté de encontrar la cremallera de su falda.

—No sé... no sé si estoy preparada para esto.

Una leve decepción que supe controlar me hizo recobrar la cautela original. Los senos de mi amiga eran premio más que suficiente como para tenerme entretenida durante un tiempo eterno, así que recostándome a su lado probé a besarlos, y así pude constatar lo que ya sabía: que eran la fruta más deliciosa que había degustado nunca. Creí desmayarme de placer al tener sus pezones entre mis labios, al acariciarlos con la lengua y succionarlos con atenta dedicación. Más arriba, Ángela emitía pequeños suspiros que no hacían sino encandilarme aún más, avisándome de lo maravilloso que sin duda sería hacer el amor con ella cuando finalmente estuviera decidida.

—¿Va bien el experimento? —pregunté sabiendo la respuesta y tratando de hacerla sentir lo más cómoda posible.

—Ajá...

Súbitamente, recordé el piercing de su ombligo, algo que nunca hubiera sospechado encontrar en una seria y responsable profesora de Matemáticas. Abandonando por unos segundos sus pechos, descendí sobre su vientre centímetro a centímetro hasta enterrar mi lengua en la pequeña y encantadora oquedad.

—No me puedo creer que te hicieras este piercing.

—¿No te gusta?

—¿Bromeas? Me encanta, me costó mucho no saltar sobre ti el otro día, cuando lo descubrí mientras te duchabas.

—¿Sabes? No fui del todo inocente, cuando te pedí que te quedaras conmigo aquella tarde...

Las dos nos miramos en silencio. Podía leer el deseo en su mirada, la suerte estaba echada. De sus pupilas saltaban chispas, las aletas de su hermosa naricilla estaban dilatadas, tenía la piel de gallina y respiraba aceleradamente. Incorporándome hacia ella, me situé de costado al lado de su cuerpo, que permanecía tendido boca arriba. Entonces, volví a besarla en los labios concienzudamente, al tiempo que mi mano derecha, furtiva, se deslizaba despacio por debajo de su falda.

—No... espera...

—Chisst —susurré en su oído—, confía en mí.

Me llenaba de gozo avanzar centímetro a centímetro sobre la piel de Ángela. Su falda dejaba la holgura suficiente como para permitir mi pequeña invasión, y sólo el elástico de sus braguitas fue capaz de detener durante unos segundos mi asalto. Pero no fue por mucho tiempo; con habilidad, introduje por allí la punta de mis dedos. Cuando sentí los primeros rizos de vello púbico de mi amada pensé que ya no había nada más que pudiera pedirle a la vida, y para contener su leve respingo de sorpresa volví a besarla una vez más en sus carnosos y anhelantes labios.

Durante unos minutos, porfié en mi doble ataque, besándola con atenta dedicación mientras mis dedos, ahí abajo, se dedicaban a hacer caracolillos con la abundante mata de pelo que ya no estaban dispuestos a abandonar. Luego, liberando un instante su boca, con la mano libre retiré su melena y acaricié tiernamente sus palpitantes sienes.

Ángela abrió mucho los ojos cuando, sin avisar, acomodé mi mano entre sus piernas y apoyé toda la palma abierta sobre su sexo. Por un instante, sus muslos se cerraron como un cepo sobre mi muñeca, pero yo ya sabía lo que debía hacer y estaba segura de salir victoriosa, así que sonriendo la besé en las mejillas antes de continuar:

—Relájate cariño, déjate llevar.

—No sé si...

—¿Te cuento un secreto? No es la primera vez que hago esto, estás en buenas manos.

Una ligera sonrisa pudorosa hizo que la viera más deseable que nunca. Despacio, consiguiendo poco a poco que Ángela relajara los músculos de sus muslos, inicié un lento movimiento con mi brazo derecho que trataba de poner en contacto la palma de mi mano con su vagina. Podía notar su humedad sobre mi piel, sabía que Ángela estaba tan excitada como yo, pero no quería ir deprisa. Necesitaba proporcionarle un orgasmo imperial, majestuoso, un orgasmo que no pudiera compararse a ninguno que hubiera tenido antes y que la hiciera caer rendida a mí eternamente.

—¿Recuerdas la tarde en la que te probaste aquella minifalda delante de mí?

—...

Ángela tenía los ojos cerrados, apenas podía contestar y su respiración aumentaba poco a poco de cadencia. Sin dejar de frotar mi mano sobre su sexo, yo la besaba en las mejillas, en los labios, en el cuello, al tiempo que susurraba en su oído las sensaciones que durante tanto tiempo había tenido que reprimir a su lado.

—Hasta ese día lo tenía más o menos controlado, ¿sabes? Pero cuando te vi en braguitas, pensé que no había visto un trasero más bonito en toda mi vida...

—¡Uff!

El gemido de mi amiga se produjo en el instante en que, al fin, insinué uno de mis dedos entre los labios de su vagina. Una cálida humedad rebosante me franqueó el paso sin oponer la mínima resistencia, y despacio pero sin perder un instante fui penetrando poco a poco aquella tierra que poco antes había

creído completamente prohibida para mí.

—... esa tarde supe que ya no había vuelta atrás: o conseguía seducirte o nunca volvería a recuperar la calma.

Un segundo dedo había ido en ayuda del primero, pero antes de continuar adelante los dos buscaron con calma el pequeño botoncito, que palpitante recibió mis caricias al tiempo que Ángela se mordía los labios en una mueca que redobló mi excitación.

—Y ahora estás aquí —jadeé, yo también con problemas para seguir hablando con normalidad— a mi merced... y todo lo que quiero es hacerte feliz.

Ya no podía retrasarlo más. Casi con violencia mis dedos se deslizaron dentro de mi amada, que con los ojos cerrados ponía una de sus manos, desde fuera de su falda, presionando sobre la mía. Sus pechos se agitaban debajo de mí, temblorosos, y yo me debatía entre el deseo imposible de besarlos al tiempo que me ocupaba también de su boca suplicante.

Me dolía la muñeca y la presión de sus braguitas me obligaba a adoptar una postura incómoda, pero de ningún modo estaba dispuesta a desfallecer. Incorporándome junto a ella, mi mano derecha taladró incansable y amorosa mientras la izquierda, celosa, se contentó con jugar con los exuberantes senos que se le ofrecían. Los hipidos de Ángela ganaban en intensidad, su cuerpo se tensaba como un arco, su pubis se alzaba para facilitarme la entrada y permitirme así llegar más lejos en mi exploración.

Finalmente, mi amante se retorció bajo mis caricias, mordiéndose los labios casi con crueldad mientras sofocaba un sollozo. Con sorpresa descubrí que, mientras Ángela se diluía en la dulce agonía del orgasmo, mi propio cuerpo me premió con un pequeño pero delicioso éxtasis, antesala de lo que sin duda estaba por venir. Por unos instantes todo fue perfecto, no existía Julián y no había amenaza alguna, sencillamente éramos dos cuerpos que parecían

destinados a unirse para siempre de modo exquisito y embriagador.

Luego, las dos quedamos sudorosas, jadeantes, mirando al techo en silencio y disfrutando de lo que acababa de suceder. Mi mano derecha estaba impregnada del maravilloso olor íntimo de Ángela, y para mí era un orgullo indescriptible saber sin necesidad de que ella lo corroborara que el experimento había sido un éxito.

Cuando poco a poco mi amiga recuperó la calma y empezó a forcejear con los botones de mis vaqueros, cerré los ojos y me dejé llevar por una dicha completa.

VII

Es curioso cómo el simple contacto físico basta para borrar toda pesadumbre y ponernos una bobalicona sonrisa de satisfacción en el rostro. Un día, crees que todo es odioso en tu vida: tu trabajo te aburre, tus compañeros son insufribles y el futuro sólo parece prometer monotonía y desconsuelo. Luego, de repente, la persona especial por la que suspiras dice simplemente “sí”, y entonces y como por arte de magia dar clase es la más creativa de las ocupaciones, Santiago parece al menos un tipo simpático, y el porvenir se transforma en un maravilloso crisol de posibilidades por explorar.

Supongo que ya lo sabes, pero por si acaso te lo digo una vez más: tú eras, Ángela, mi persona especial, la única que podía convertir el carbón en diamante y la tristeza en felicidad. Lo malo era que, igual que tenías ese poder, poseías asimismo la capacidad de destruirlo todo con un simple gesto.

Las dos permanecíamos en silencio. Podía oír la respiración acompasada de Ángela a mi lado, sentir el peso de su cabeza sobre mi pecho, el calor que desprendían sus piernas entre las mías. Hubiera podido estar así eternamente, sin hablar ni abandonar jamás aquel sofá donde había sucedido lo que parecía imposible.

Mis dedos acariciaban sus sienes y se enredaban en su pelo con una cadencia lenta pero constante. Me daba miedo romper la magia del instante, hacer o decir algo que pudiera provocar que Ángela se sintiera incómoda. No podía sustraerme a la idea de que mi amiga era como un animal salvaje que, cuando menos lo esperamos, se cuela en nuestra vida regalándonos su compañía, pero al cual no se puede preguntar cuánto tiempo decidirá quedarse: igual que ha

llegado con el viento, el más leve cambio puede hacer que huya sin dejar rastro. Sólo después de mucho tiempo me atreví a romper el silencio, sin dejar de jugar con la melena de mi amante:

—¿Estás bien?

—Sí.

Ni siquiera nos mirábamos, estábamos como desmadejadas, Ángela apoyada sobre mí y yo con la vista fija en el techo, tratando de creerme que lo que estaba viviendo era real y no un mero producto de mi imaginación.

—¿Arrepentida?

—Sorprendida, más bien.

Con la mano que me quedada libre, acaricié la espalda de Ángela. Su piel era tersa y suave, y las yemas de mis dedos ardían al resbalar sobre ella. Media hora antes, mi amiga me había acariciado con torpeza, como temerosa ante la novedad de lo que estaba haciendo, pero incluso así yo me había visto arrastrada por un torbellino de infinita voluptuosidad, y durante unos minutos el mundo me había parecido perfecto. ¡Las manos de Ángela en mis pechos, sobre mis muslos... alrededor de mi sexo! ¿Podía pedirse algo más?

Hubiera deseado decirle cuánto la amaba, lo que había supuesto para mí lo que acabábamos de hacer. Sólo me detenía el recuerdo de Julián, ¿estaría pensando en él mi amiga? ¡Dios, parecía imposible, pero su marido seguía existiendo! Pugnando por evitar que mi rival se colara en mis pensamientos, seguí acariciando la estilizada espalda de Ángela, regodeándome en la curva de su cadera, en el inicio carnoso de sus nalgas que, en aquella postura, tan sólo podía alcanzar con la punta de los dedos.

No pasó mucho tiempo hasta que empecé a sentir de nuevo la punzada del deseo. Girando un poco sobre mí misma, traté de besarla mientras mi mano

izquierda buscaba con urgencia su pecho cálido y femenino.

—Tengo que irme, es muy tarde.

—¿No puedes quedarte un poco más? Pensé que comeríamos juntas.

—Hoy no, de verdad —dijo mi amiga mientras recuperaba su ropa interior y su falda—. He quedado con Julián para ir a visitar a su madre.

Sus palabras me dejaron tan indefensa como un cachorrillo en medio de la tormenta. ¿Qué había esperado, que su marido desapareciera como por arte de magia? Sabía perfectamente que nadie tira por la borda diez años de matrimonio de la noche a la mañana, pero una cosa era lo que me dijera la razón y otra la ansiedad que, incontrolada, volvía a sentir crecer en mi interior. Si había pensado que hacer el amor con Ángela serviría de cura para todos mis males, ya podía ir olvidándome de ello.

—Entonces... ¿vas a volver con él?

Me avergoncé al instante de mi pregunta, ¡había sonado tan pueril! Sin dejar de vestirse, Ángela me miró con cierta extrañeza antes de contestar:

—Estoy casada, ¿recuerdas?

¿Cómo era posible que un par de escuetas frases convirtieran en un témpano una atmósfera que instantes antes había estado cargada de sensualidad y cariño? Sintiéndome ridícula en mi desnudez, yo también procedí a recuperar las prendas de ropa que aparecían diseminadas a nuestro alrededor.

—Pensé que esto significaba algo —me atreví a decir por fin—. Que al menos nos sentaríamos a hablar sobre ello.

Las dos estábamos ya completamente vestidas, y de un modo absurdo me dolió constatar que no había nada en la figura de Ángela que delatara su infidelidad. Hubiera deseado que Julián supiera que, al menos durante un par de horas, su

mujer había sido mía y se había estremecido entre mis brazos.

—Claro que significa algo —protestó Ángela retorciéndose las manos—. ¿Crees que voy por ahí acostándome con cualquiera?

—Pues entonces no te vayas así. Llama a Julián para ponerle cualquier excusa y quédate un ratito más conmigo.

—Ya te he dicho que hoy no puede ser. Prometo llamarte esta misma semana.

Con torpeza, di un par de pasos hacia ella y cogí una de sus manos entre las mías. Luego, besé su boca de labios dulcísimos y carnosos. Ángela se dejó hacer, pero no devolvió mi beso.

—Llevo esperando esto desde hace meses —confesé—. Y ahora que lo he tenido no estoy dispuesta a renunciar a ello.

—No sé qué decirte Sofía, yo...

Sus dudas se me clavaban en el alma como alfileres. Me costaba respirar al pensar que, tal vez, nuestro breve idilio no pasara de ser para Ángela más que una travesura de juventud que recordar con picardía en el futuro.

—Pensé que esto era algo más que sexo —insistí sin poder evitar un claro tono de reproche.

—¡Claro que es algo más! —se indignó ella.

—Pues no lo parece por tu actitud.

—¿Qué pretendes que te diga? ¿Que voy a abandonar a mi marido esta misma tarde para instalarme contigo? Por dios, Sofía, dame un respiro. Ni siquiera... ¡ni siquiera soy lesbiana! Estoy muy confundida. Tú me gustas pero...

Sabía perfectamente que mi amiga tenía razón. Estaba tensando demasiado la cuerda, actuando de un modo irreflexivo y poco acertado. Si quería tenerla para siempre a mi lado no podía ser a base de quejas y malas caras. Si

deseaba arrancarla de las garras de Julián tenía que ser para ella todo lo que no estaba siendo él últimamente: una amiga con quien compartir sentimientos, un apoyo al que recurrir en cualquier momento y una inesperada fuente de placeres que Ángela todavía no alcanzaba a vislumbrar.

—Tienes razón, perdona. Es sólo que... me resulta difícil no hacerme ilusiones.

Ángela me miró con una ternura que hizo que no me doliera tanto saber que estaba a punto de reunirse con Julián.

—¿Qué te parece si vamos despacio y vemos hacia dónde nos lleva esto?

—¿Prometes llamarme esta semana?

—Lo prometo.

—Entonces de acuerdo.

Por propia iniciativa, Ángela se despidió de mí con un cálido y profundo beso en los labios que me infundió una enorme dosis de optimismo.

Durante tres días y tres noches aguardé pacientemente la llamada de Ángela. Fueron días duros y ásperos, en los que me debatía entre el deseo de ser yo la que tomara la iniciativa y la prudencia de aguardar a que llegara mi momento. A ratos comprendía los motivos de mi amiga, sus dudas después de llevar años de convivencia con un hombre al que, al menos en el pasado, había amado sinceramente. Otros, sentía una rabia infinita, fruto del temor a ser simplemente “la otra”, la amante desechada a la que se visita de vez en cuando y que acaba por convertirse en una especie de caricatura propia de una película de serie B.

A veces, no podía evitar pensar en Julián llegando a casa después de una larga

jornada de trabajo: cansado, pero con la urgencia masculina de liberar tensiones y congratularse con la vida. Entonces, se acercaría a Ángela, la tocaría con sus manos enormes y recias, la cogería en brazos como si fuera una pluma y... ¡Qué celosa me sentía! Sólo con mucho esfuerzo lograba serenarme y razonar que, después de todo, era Julián el cornudo y no yo, él el engañado y el que no sabía el riesgo que estaba corriendo su matrimonio.

Porque si algo tenía claro es que estaba dispuesta a luchar por lo que deseaba con todas mis fuerzas.

La llamada que tanto llevaba esperando se produjo finalmente un lunes a media mañana. Aprovechando que ambas habíamos empezado ya nuestras vacaciones de verano, Ángela me sugirió pasar la tarde en el Museo del Prado y, aunque se me ocurrían infinidad de actividades mucho más gratificantes que practicar juntas en recintos cerrados, preferí ser paciente y acceder a lo que mi amiga me proponía.

Contuve el impulso de besarla en la boca cuando nos encontramos en la puerta principal del museo. Por mucho que a mí me apeteciera hacerlo, consideré que era mejor dejar que la atmósfera entre nosotras ganara temperatura y que los acontecimientos se fueran sucediendo de un modo natural.

Por lo demás, me fue sencillo disfrutar de la experiencia. A pesar de ser profesora de Matemáticas, Ángela sabía mucho más de pintura que yo, que siempre he considerado la Literatura como la más excelsa de las artes y he dejado quizá un poco olvidadas las demás. Ese día, mi amiga me sirvió de guía a través de sus salas favoritas: Velázquez, Murillo, la época negra de Goya... de todos los cuadros tenía algo que contar, y yo escuchaba sus palabras con una mezcla de admiración y deseo a duras penas contenido.

¿Podía ser más perfecta Ángela de lo que era? Guapa, inteligente, culta y

terriblemente divertida. Parecía encarnar todo lo que yo había estado buscando durante años, y eso me hizo sentir un poco asustada. Si conseguía hacerla mía, el mundo se convertiría en un lugar maravilloso; pero si fracasaba en el intento, no podía ni imaginar lo que sería tener que renunciar a ella después de haber podido estrecharla entre mis brazos.

Desechando tan funestos pensamientos, me concentré en vivir el presente. Era delicioso pasear por las casi vacías salas del museo cogidas del brazo como dos buenas amigas, porque yo sabía que ese contacto ya no era simple amistad, sino que encerraba un mundo de posibilidades a punto de ser descubiertas y que Ángela, sin duda alguna, era tan consciente como yo de los momentos en los que nuestras caderas chocaban o nuestras manos se rozaban fugazmente.

Durante el tiempo que duró la visita conseguí olvidarme por completo de Julián, del que mi amada no había hecho mención alguna desde que nos habíamos encontrado y al que no parecía echar demasiado en falta. Sólo cuando, ya cerca de la hora del cierre, las dos salimos a la calle y durante unos segundos nos miramos indecisas, me pareció que la sombra de su marido planeaba sobre nosotras como una amenaza.

—¿Tienes tiempo de tomar algo? —pregunté indicando con un gesto las múltiples terrazas que ofrecía la noche madrileña.

Los escasos segundos que Ángela tardó en contestar me parecieron horas de incertidumbre. Notaba en mi interior un terror infinito al rechazo, hubiera sido cruel tener que conformarse con unas tristes horas de compañía después de tres días de espera tensa y agotadora.

—Pues... la verdad es que no me apetece tomar nada.

Sentí un deseo incontenible de llorar. Ángela no podía jugar con mis sentimientos de aquel modo, yo no era su amiga, no estaba dispuesta a...

—Esta noche Julián tiene una reunión de trabajo y le he dicho que dormiría en tu casa... Espero que no te importe.

Una vez más, una simple frase transformaba mi mundo, y saber que sólo Ángela tenía ese poder me hizo sentir un miedo inexplicable. Resistiendo a duras penas el deseo de besarla en público, me contenté con cogerla de la mano y encaminarla hacia el autobús que, en menos de media hora, nos dejaría en la puerta de mi edificio.

¿Por qué elaboraba estrategias si luego no era capaz en absoluto de ceñirme al plan ideado? Con Ángela siempre me sucedía lo mismo: trataba de seguir unas pautas racionales y maduras, pero luego simplemente actuaba por instinto y me dejaba llevar como una adolescente enamorada. Antes incluso de cerrar la puerta de la calle y olvidando mi firme propósito de no transformar nuestra relación en una simple sucesión de tórridos encuentros sexuales, me encontré con Ángela envuelta entre mis brazos, mi boca sobre la suya y mis manos recorriendo con urgencia su cuerpo tibio y acogedor.

¡Tenía tanto que enseñar a mi amiga! Debía hacerla comprender la exquisita ternura y los deliciosos orgasmos que puede proporcionar el amor entre mujeres; tenía que conseguir arrastrarla a ese abismo que te hace perder la noción de tu situación y te convierte en un juguete incapaz incluso de recordar tu nombre cuando la persona amada está presente. Estaba obligada, sobre todo, a luchar contra ese competidor masculino que, amparado en los convencionalismos de la sociedad, amenazaba con salir victorioso por el simple poder de los atavismos.

Ángela se dejaba hacer, en una actitud pasiva pero al mismo tiempo incitante. Me permitía llevar la iniciativa, pero lejos de parecer ausente, el temblor de su cuerpo me dejaba bien claro el embrujo que mis caricias ejercían sobre

ella. Desnudas entre las sábanas de mi cama, mi boca besó sus labios, sus ardientes mejillas y su cuello blanco y esbelto; descendió luego hacia sus senos, encabritó sus pezones y se deleitó sobre ellos con paciencia infinita.

Aquella noche iba a ser la primera que pasáramos juntas, y debía ser perfecta. Pensar en Julián estaba prohibido, ya habría tiempo a la mañana siguiente de encarar problemas que no era el momento de tratar. Ahora se trataba de ser feliz, de disfrutar del hecho de estar vivas y juntas, de gozar de la juventud y elasticidad de nuestros cuerpos.

Ángela gimió de un modo encantador cuando mordisqueé con ternura la cara interna de sus muslos. Pese a su aparente apatía, era evidente lo mucho que le estaba gustando mi modo de hacerle el amor, y su propia excitación enardeció mis sentidos. Con inexplicable placer, besé su sexo húmedo y palpitante, y el embriagador “oh, dios mío” que salió de sus labios fue la mejor recompensa que pude tener.

Haciendo uso de toda mi sabiduría, atornillé mi boca a su vagina, enterré mi lengua en sus fluidos y forcejeé entre sus piernas hasta terminar exhausta. Un poco más arriba, Ángela suspiraba con los ojos cerrados y la boca entreabierta, sus muslos haciendo presa sobre mi rostro y su vientre vibrando como una guitarra perfectamente afinada. Probar su sabor más íntimo fue como como caminar descalza por la arena de la playa escuchando el ritmo de las olas y dejando que la espuma salpicara los dedos de mis pies. Fue la culminación a muchos meses de deseos contenidos y frustrados, la liberación que necesitaba para seguir creyendo que el mundo era un lugar que merecía la pena habitar.

Mucho tiempo después de alcanzado mi objetivo, yo seguía aún besando aquel tesoro que no hubiera cambiado por nada. Y es que, de haber podido, habría sido feliz quedándome atrapada para siempre entre sus piernas.

Dormida en mi cama a primera hora de la mañana, Ángela parecía una niña. La noche había sido larga y apasionada. A pesar de su tímida actitud, mi amante ejercía tal fascinación sobre mí que no recordaba haber vivido nunca éxtasis tan violentos y satisfactorios.

Nada me importó que mi amiga no hiciera intento alguno de corresponder a mi forma de besarla. Aunque siempre he pensado en el sexo oral como en la más embriagadora forma de sellar una unión y de alcanzar una conexión espiritual con el ser amado, no olvidaba que para ella todo resultaba nuevo, que estaba experimentando un terreno en el que aún se sentía insegura y vacilante, y que de ningún modo debía tratar de forzar los acontecimientos. Lo que tuviera que pasar, pasaría a su debido tiempo.

Además, tenía cosas mucho más importantes en las que pensar aquella mañana mientras veía a mi amada dormir. Saliendo con cuidado de la cama, me vestí en silencio y bajé a la calle para comprar lo necesario para ofrecerle un desayuno espectacular. Nata montada, caramelo, chocolate caliente, tortitas... la figura de mi amiga bien podía soportar eso en una ocasión especial. Una vez lo tuve todo preparado, lo puse en una bandeja y, notando una felicidad que hacía mucho tiempo que no sentía, regresé al dormitorio.

—¿Tienes hambre?

Ángela se revolvió entre las sábanas, aún amodorrada. ¡Qué hermosa me pareció, sin pintar y con el pelo revuelto! Era una Ángela distinta, menos perfecta pero más real, con sus bellísimos senos desnudos y los ojos todavía cubiertos de legañas que me hubiera gustado eliminar yo misma.

—Vaya, menudo banquete.

—Como no sabía qué preferirías... he traído de todo —reí sentándome a su

lado en la cama y besándola a modo de buenos días.

Ésa era para mí sin duda la definición de felicidad: Ángela desnuda en mi cama, desayunando sin prisa a mi lado después de haber pasado una noche de caricias eternas y exquisitas. ¡Cuánto hubiera dado por fijar ese instante para la eternidad! Pero, por desgracia, el tiempo pasa sin poderlo atrapar, y mucho antes de lo que yo hubiera deseado mi amiga me preguntó la hora, y entonces saltó de la cama y desapareció en el cuarto de baño, de donde regresó vestida, con el pelo mojado y una expresión culpable que me avisó de lo que estaba a punto de pasar.

—¿Tienes que irte ya?

—Lo siento. Le prometí a Julián que comería con él en su trabajo.

Una rabia incontenible sacudió mi estómago y me hizo sentir náuseas. ¿A eso iba a reducirse todo? ¿A esperar impaciente a que Ángela pudiera robarle unas cuantas noches a su marido para pasarlas junto a mí? No era eso lo que yo había soñado para nosotras, y desde luego jamás podría conformarme con algo tan vulgar y tan poco honesto.

—El fin de semana que viene podemos pasarlo juntas... si quieres.

Ángela me miraba con una interrogación dibujada en sus bellos ojos. No podía haber dejado de notar mi cambio de humor; cinco minutos antes me sentía radiante y ahora a duras penas podía contener el deseo de montar una escena.

—No lo sé —contesté masticando cada palabra—. Tal vez tenga un plan mejor.

—Oh vamos, Sofia —dijo ella sentándose a mi lado—. Sé que esto es raro, pero también lo es para mí, nunca me había visto envuelta en nada semejante. Trata de comprender...

—¿Y tú? —la corté alzando la voz—. ¿Tratas tú de comprender cómo me

siento yo? ¿Tengo que pasar el resto de mi vida esperando a que me concedas unas horas de compañía?

No era ése el modo en el que hubiera querido conducir aquella conversación pero, una vez más, cuando llegaba el momento olvidaba cualquier plan y explotaba sin poderlo remediar. Sencillamente, me veía incapacitada para mantener la compostura; cada vez que Ángela se iba me parecía que una parte de mí, la mejor, se desgajaba de mi cuerpo y se marchaba con ella, y entonces yo me quedaba partida en dos y con mi vida suspendida hasta que se producía el siguiente encuentro.

—¿Quieres que dejemos de vernos?

La aparente calma con la que Ángela hizo su pregunta provocó que mis piernas parecieran negarse a sostenerme, ¡es tan injusto enamorarse perdidamente de quien tal vez no pueda corresponderte!

—¿Y tú? —pregunté con un hilo de voz y creyéndome morir.

—Me gustas mucho Sofia. No sé qué me pasa, no me considero lesbiana y jamás pensé que viviría algo así, pero lo cierto es que... nadie había besado como lo hiciste tú anoche.

Sus palabras me daban la vida, pero estaban muy lejos todavía de lo que yo quería escuchar de sus labios. ¿Era sólo sexo lo que buscaba Ángela conmigo? Por otra parte, ¿no me estaba precipitando con ella? Después de diez años al lado de Julián, tal vez debería dejar que el roce y el tiempo la aproximaran poco a poco a mí, y no lanzar todavía un ultimátum del que sospechaba que tendría pocas opciones de salir victoriosa.

—Claro que quiero seguir viéndote. Es sólo que...

—¿Sí?

Fugazmente, pasó por mi mente un fragmento de una canción de Pablo

Milanés: “la prefiero compartida, antes que vaciar mi vida”. Irritada por mi cobardía pero sintiendo que no podía hacer otra cosa, cambié de conversación y traté de parecer alegre y animada:

—¿Dices que podríamos pasar juntas el fin de semana que viene?

—Sí. Julián se va con unos amigos a escalar y he pensado que podríamos aprovechar para hacer una escapada a algún sitio agradable.

¿Las dos solas todo el fin de semana en un hotel romántico y apartado del mundo? Sonaba demasiado bien como para resistirse, y de pronto ya no me pareció tan malo el hecho de conformarme con ver a Ángela sólo cuando ésta pudiera librarse de su marido.

—Estupendo —dije recuperando la sonrisa—, déjame que yo lo organice.

Y así, una vez más, me dejé arrastrar por la corriente sin poder evitarlo.

Siempre me ha gustado viajar en avión. Por alguna razón, despegar los pies del suelo me ha parecido desde niña algo así como aparcar la rutina, sumergirse en la aventura, entrar en el terreno donde todo es posible. Dos días con dos noches eran muy poco tiempo, sí, pero de momento era todo de lo que disponía, y estaba dispuesta a aprovecharlo al máximo. La ocasión bien merecía un extra, así que sin fijarme en el precio saqué billetes para Menorca y una habitación en un hotel pequeño que me pareció ideal para nosotras: romántico, discreto, apartado del bullicio, era el lugar idóneo para olvidarnos de Julián durante todo el fin de semana.

Una hora. Sesenta insignificantes minutos. Por increíble que pudiera parecerme, ése fue el tiempo necesario para cambiar Madrid por la brisa del mar, el agobio de los celos por la reconfortante sensación de que, al menos por un par de días, Ángela me pertenecía exclusivamente a mí. Todavía

recuerdo la mirada con que nos recibió el encargado al vernos aparecer. Era obvio que le llamaba la atención aquella pareja de mujeres jóvenes y guapas que habían pedido un cuarto con cama de matrimonio, y a mí me gustó notar que mi amiga no parecía en absoluto molesta de exhibir nuestra relación. En cuanto a mí, y a pesar del orgullo que me producía el caminar a su lado, estaba tan hambrienta de su cuerpo que me faltó tiempo para tumbarla en la cama, arrancarla la ropa y lanzarme sobre ella como un animal en celo.

Creo que nunca fui tan feliz como aquella primera noche, haciendo el amor con Ángela sin la preocupación de temer su marcha inminente y dejándome arrastrar por la fantasía de que éramos una pareja estable, sin sombra alguna que nos amenazara y con un futuro eterno y maravilloso ante nosotras.

Era indescriptible el placer que me producía recorrer con mis manos y mi boca cada centímetro de su piel. ¿Sería mi amante tan lánguida y pasiva con Julián como lo era conmigo? No me importaba demasiado. Era todo tan nuevo, tenía ante mí tal despliegue de belleza y sensualidad, que como un niño abrumado ante sus juguetes de Reyes me sentía sobrepasada, incapaz de asumir tanta dicha. Notar que Ángela explotaba de placer con mis caricias era suficiente recompensa para mí, que disfrutaba mis propios orgasmos con una intensidad que la más experta y entregada de mis parejas precedentes no hubiera podido proporcionarme nunca.

¡Y qué decir del largo paseo que dimos después de cenar! Caminábamos cogidas de la mano por el paseo marítimo, y a mí me extrañaba la valentía de mi amiga, una mujer casada que por primera vez se adentraba en ese territorio exquisito y prohibido en el que yo había aprendido a desenvolverse desde mi adolescencia. Lo cierto es que nada nos importaba, el mundo parecía desierto, apenas veíamos a la gente con la que nos cruzábamos ni nos fijábamos en los numerosos puestos de mercaderes ambulantes. Sólo estábamos nosotras, y

cuando a la vuelta Ángela me propuso descalzarnos y regresar andando por la arena de la playa, yo creí morir de felicidad. Los pies desnudos, el agua que salpicaba nuestros vestidos, los dedos de mi amante entrelazados con los míos... ¿se podía pedir algo más al destino?

Sólo una pequeña sombra, apenas identificable, nublaba mi ánimo. Era tal vez algo absurdo, pero no podía evitar regresar a ello de cuando en cuando: Julián sabía que las dos estábamos juntas en la playa, y eso me producía una irritación difícilmente comprensible. Creo que lo que me fastidiaba era saber que no contaba para él como una amenaza. Maldito tipo orgulloso de mear de pie, ni siquiera podía sospechar lo que estaba sucediendo ante sus narices. Si yo hubiera sido un hombre, Ángela habría puesto cualquier excusa, pero dada mi condición de mujer no había sido necesario mentir sobre dónde y con quién iba a pasar el fin de semana. Eso, que bien mirado ofrecía muchas ventajas, tenía sin embargo el poder de ponerme en un extraño estado, mezcla de melancolía y de deseo de hacer algo que reventase el inestable equilibrio en que los tres nos movíamos.

Pero me había prometido a mí misma aparcar todos los pensamientos negativos durante el tiempo que durase el viaje, así que, recurriendo a toda mi fuerza de voluntad, abracé a Ángela y seguí paseando a su lado sobre la arena.

Habíamos pasado la mañana del sábado en la playa, medio desnudas y dejándonos tostar por los rayos de un Sol espléndido que parecía brillar en honor a nuestro recién estrenado romance. El cuerpo de Ángela era más hermoso que el mío, más exuberante, más tentador. Sin embargo, ella había elogiado mis pechos, pequeños pero duros como melocotones recién recogidos, y cada vez que los acariciaba, con una delicadeza mezcla de timidez y de sorpresa por lo novedoso de la experiencia, conseguía que mis

pezones triplicaran su tamaño y mi pulso se acelerara hasta el punto de faltarme el aliento.

¡Era todo tan maravilloso! Sólo manchaba tanta felicidad el hecho de mirar el reloj y comprobar que, por mucho que intentara fijar el tiempo, éste transcurría lento pero implacable. Casi sin darme cuenta, el día se me había ido escurriendo entre los dedos, y al pensar que veinticuatro horas después estaríamos de vuelta en Madrid me parecía que la vida estaba dotada de una crueldad inadmisibile.

Pero no podía dejarme abatir tan fácilmente. La noche anterior habíamos visto una especie de pub instalado directamente al aire libre sobre la arena de la playa, y después de cenar pensamos que sería agradable tomar allí una copa, bajo las estrellas y dejando que la brisa del mar nos refrescara después de un día tórrido en todos los sentidos. De modo que, tras disfrutar de una excelente cena en el hotel, hacia allí nos dirigimos, dispuestas a apurar hasta el fondo nuestra última noche en la isla.

No creo necesario mencionar lo hermosa que estaba Ángela aquella noche. Llevaba unos vaqueros ajustados y un top que realzaba su busto pleno y elegante, y yo notaba que los hombres la miraban sin demasiado disimulo al pasar. Eso, lejos de molestarme, me llenaba de un orgullo que casi no podía esconder: sí, aquella hembra deliciosa estaba conmigo, buscaba mi mirada con la suya y ansiaba mis besos y mis caricias... al menos por esa noche.

—¿Has visto cómo te ha mirado ese tipo? —pregunté con espíritu travieso y divertido.

—¿A mí? No creo, hoy estás muy guapa con esa falda.

Aunque sabía que no podía rivalizar con ella, resultaba inevitable dejarse

arrullar por sus palabras.

—Por cierto, he descubierto una tienda en Madrid monísima. En cuanto volvamos voy a llevarte, estoy segura de que te va a encantar. Tienen unos modelos que favorecen mucho y están muy bien de precio.

—Ummm, estoy deseando ir contigo —en realidad, y si era con Ángela, me daba igual un plan que otro.

—¿Te apetece otra copa?

—De acuerdo, pero que sea la última.

No le costó a Ángela llamar la atención del chico que atendía las mesas. ¿Era la tercera o la cuarta ronda? El rumor de las olas, la música suave, la oscuridad sólo atenuada por una Luna redonda y espectacular... todo invitaba a dejarse llevar, a jugar a ser otras personas, libres y sin complejos. Estábamos en una de las últimas mesas, instalada directamente sobre la arena de la playa y, sin importarnos si alguien nos miraba o no, a veces nos cogíamos de las manos o incluso nos besábamos fugazmente en los labios.

—Lo estoy pasando muy bien.

Apenas habíamos hablado durante todo el viaje. No me refiero a una conversación amistosa, por supuesto; quiero decir que no habíamos tocado el tema que, al menos a mí, me rondaba una y otra vez por mucho que intentara evitarlo. Ahora, las palabras de Ángela, y el tono en que las había pronunciado, parecían una invitación a abordarlo, aunque viendo sus ojos brillantes y conociendo el efecto que el alcohol ejercía sobre ella, tal vez estuviera refiriéndose tan solo al momento presente, y no a lo que el porvenir pudiera reservarnos.

—Yo también —suspiré cogiendo de nuevo su mano entre las mías.

—¿Has estado en Venecia? Es un sitio maravilloso, me gustaría ir contigo

alguna vez.

—Me apunto, ¿qué tal la semana que viene?

Me arrepentí de inmediato de haber hecho una pregunta tan estúpida. Había dado por supuesto que ninguna de las dos tenía ataduras, que éramos dos mujeres jóvenes con todo el verano por delante y con dinero suficiente para hacer lo que nos viniera en gana. El problema, por supuesto, era Julián, el maldito Julián.

—Creo que este mes no podré —de repente, Ángela parecía incómoda, como si se estuviera reprochando haberse metido ella sola en la boca del lobo—. Es que...

—Sí, ya sé, estás casada.

Por fin, lo que llevaba temiendo todo el viaje había sucedido. En un instante, una simple frase había conseguido helar un ambiente que se hubiera dicho idílico hasta ese momento. Era inútil fingir, a la vuelta de la esquina estaban todos nuestros problemas, aparcados pero de ningún modo resueltos.

—Escucha Sofía, no te enfades, yo...

—No me enfado —contesté en un tono que desmentía mis palabras.

—Vamos, alegre esa cara. ¿No podemos disfrutar de lo que tenemos esta noche?

—Tienes razón, perdona. Soy una tonta —contesté mientras pugnaba por reprimir unas lágrimas que hicieron que me enojara conmigo misma.

Con un gesto cariñoso, Ángela acercó su silla a la mía y colocó afectuosamente su mano sobre mi rodilla desnuda. Después, sin importarle la gente que nos rodeaba y protegida por la oscuridad de la noche, se inclinó hacia mí y me besó dulcemente, primero en las mejillas y luego en los labios.

Me sentía extraña, a un tiempo enfadada con ella pero deseosa de superar ese enfado y dejarme arrastrar al irresistible mundo de sensaciones que sabía que mi amante podía proporcionarme.

—Me gustas mucho Sofía. Te estás convirtiendo en alguien muy importante para mí.

¿Entonces —me hubiera gustado preguntarle—, por qué no le cuentas todo a Julián y te vienes a vivir conmigo? Sabía la respuesta, y dolía tanto que no me sentía con ganas para escucharla de sus labios. Era consciente de que Ángela se encontraba a caballo entre dos mundos, y sabía que abrumarla con reproches o forzarla a tomar una decisión prematura podía alejarla definitivamente de mí. Tenía que ser paciente, mostrarme alegre y seductora pero... ¡a veces me resultaba tan difícil disimular la angustia que me corroía por dentro!

—¿Estás mejor? Lo último que desearía es hacerte daño, pero necesito tiempo.

—¿Y tienes idea de cuánto tiempo te hará falta para saber lo que deseas?

Había sonado mucho más agresiva de lo que me hubiera gustado, y por un instante temí haber arruinado la noche de un modo definitivo. Sin embargo, Ángela parecía especialmente deseosa de evitar una confrontación, y el tono de su respuesta trató de ser desenfadado y provocativo:

—Sé que esta noche te deseo a ti. Sé que *ahora* te deseo a ti.

Al decir esto, pasó su brazo izquierdo sobre mis hombros mientras su mano derecha, que había estado descansando en mi rodilla, avanzó suavemente en dirección a mis muslos. Otra vez, unas pocas palabras y un simple gesto lo cambiaban todo. Por mucho que intentara resistirme, estaba indefensa ante el embrujo que Ángela ejercía sobre mí. ¿Cómo podía sentirme a un tiempo tan

irritada y tan irremisiblemente rendida a sus encantos? Deseaba discutir con ella, montar una escena... pero más aún necesitaba sentir esa mano que avanzaba sobre mi piel. Con voz ronca que no me pareció mía, contesté mirando fijamente a sus ojos, que nunca me habían parecido tan brillantes e incitantes:

—Paga esto y vamos al hotel.

La expresión de Ángela me hizo saber sin la menor duda que estaba tan excitada como yo, pero ni en un millón de años habría imaginado su respuesta:

—¿Tan pronto? ¿Es que no estás a gusto aquí conmigo?

Un nerviosismo extraño me sacudió por dentro, ¿qué estaba pasando? Nuestras sillas estaba tan juntas que el cuerpo de Ángela descansaba recostado sobre el mío, su brazo seguía envolviéndome y su mano, arremangando mi falda, había llegado ya a una zona que me hacía perder la compostura.

—¿Estás loca, qué haces?

—Quiero hacer que te corras, *aquí*.

Sus palabras me llegaron como un susurro y amortiguadas por el viento. Sin duda, las dos habíamos bebido demasiado, era una locura y desde luego no quería terminar en comisaría pero... delante teníamos el mar, con la espuma de las olas brillando blanca en la oscuridad y la brisa refrescando nuestros rostros; detrás, el murmullo decreciente del pub al aire libre, que progresivamente se iba quedando vacío y que apenas estaba iluminado por un par de luces lejanas.

Una angustiada mirada a mi alrededor me calmó parcialmente: las mesas más próximas estaban vacías; nadie podía ver otra cosa que nuestras espaldas, muy juntas la una a la otra, y el brazo de mi amiga sobre mis hombros. Aun así...

—Vamos, adelanta el cuerpo y abre un poco las piernas, así no alcanzo.

Nunca me había parecido tan sensual la voz de Ángela. Me acariciaba el oído de tal manera que me sentía incapaz de resistirme, estaba aterrada pero al mismo tiempo me parecía imposible desobedecer sus órdenes. ¿No corría el riesgo de convertirme para ella en un simple juguete sexual? Podría ser, ¡pero resultaba tan excitante e irresistible estar a su lado!

—Nos van a ver...

—Claro que no. Tú relájate y disfruta, quiero hacer esto por ti.

El mero hecho de que Ángela sintiera el deseo de darme placer era ya un afrodisíaco de fuerza infinita para mí, y cuando su mano se coló por debajo del elástico de la braguita y rozó por primera vez mi sexo, sentí que me abandonaba por completo y que ya no podía hacerme responsable de mis actos.

—¡Vaya, estás empapada! —cuchicheó en mi oído mi amiga, enardeciendo aún más mi excitación.

Fue la experiencia más intensa de mi vida. La música me llegaba amortiguada por el rumor de las olas, las conversaciones de las dos o tres mesas que quedaban ocupadas desaparecieron por completo, unas nubes dotadas de vida propia vinieron en nuestra ayuda ocultando por unos instantes la Luna y haciendo que un manto de sombra ocultara nuestra ilícita actividad.

¿Ilícita? Los dedos de mi acompañante habían conseguido desplazar por completo mi ropa interior, y ahora entraban a su antojo en mi cuerpo sin dificultad alguna. Tenía razón, estaba húmeda, tanto como el mar que ronroneaba unos metros por delante. Nunca me había dejado ir de esa manera, sin importarme ya ser descubierta o no. Sólo quería sentir a Ángela tan dentro como fuera posible, ser penetrada por ella de un modo tierno y salvaje, romántico y erótico a un tiempo.

Mientras su brazo izquierdo me apretaba contra sí y apoyaba su cabeza en la mía, su mano derecha me taladraba sin piedad, entrando y saliendo sin necesidad de pedir permiso y arrancándome sollozos a duras penas contenidos. Con un último resto de cordura, coloqué mi falda lo mejor que pude sobre mis piernas y, sin poder oponer más resistencia, me deslicé en los brazos del éxtasis.

El orgasmo fue imperioso y furtivo. Estar en público dotaba a la situación de un toque de peligro y sensualidad que me volvía loca de voluptuosidad. Que fuese Ángela, siempre tan pasiva y como ausente, la que por propia iniciativa hubiera deseado romper las hostilidades, me envolvía en un estado de felicidad que recompensaba gran parte de los temores que me afligían.

Clavando las uñas en su antebrazo, me deshice en una dulce agonía que nada ni nadie hubiera podido detener. Los espasmos se extendieron como un relámpago hacia mis muslos hasta llegar a las plantas de los pies, enterradas en la arena de una playa que nunca había asistido a un espectáculo tan hermoso.

—¿Te ha gustado? —preguntó innecesariamente mi amiga en tono burlón, mientras liberaba al fin mi vagina y recolocaba con disimulo mi falda.

Todavía reponiéndome con dificultad, busqué su mano benefactora con la mía y la acaricié suavemente. Allí estaban mi olor más íntimo y la prueba de nuestra travesura, pero lejos de haber quedado apaciguada, con nerviosismo busqué con la vista al camarero mientras me levantaba de mi sitio.

—Ahora vamos al hotel —jadeé—. No puedo esperar para tener la cabeza entre tus piernas.

Las dos salimos abrazadas y riendo como chiquillas, mirando al suelo obstinadamente mientras abandonábamos aquel lugar mágico donde nunca nos atreveríamos a volver.

No sé si he explicado suficientemente lo que significa para mí el sexo oral. ¿Puede haber mayor acto de entrega, mayor demostración de afecto? Sumergirse en el sexo de la persona amada, aspirar sus fluidos, absorberlos, deleitarse en su aroma y su textura. Sin pedir nada a cambio, instalarse allí eternamente, convertirte en su esclava, su juguete, su fuente de placer inagotable. Forcejear hasta quedar exhausta, insistir más allá de lo esperado, buscar un segundo éxtasis, unir tus labios a los suyos hasta hacerlos indistinguibles, acariciar el diminuto clítoris, sentirlo encabritarse, ahogarte envuelta en un mundo de voluptuosidad incomparable...

Podría seguir, pero espero haber dejado claro lo que suponía para mí besar a Ángela en su más escondido tesoro. Espero también que comprendáis cómo me sentía, después de lo que había pasado media hora antes, teniéndola ante mí desnuda como una diosa: las piernas separadas, mirándome en silencio pero pidiéndome con los ojos que la transportara al paraíso y la hiciese feliz. Por último... también espero que imaginéis cómo me alteró el repentino sonido de su móvil.

—No hagas caso, no voy a cogerlo.

Pero el daño estaba hecho, las dos sabíamos perfectamente quién estaba al otro lado de la línea telefónica. Aun así, hice un esfuerzo por fingir que el ambiente seguía siendo tan íntimo y sensual como un instante antes de la odiosa interrupción. Arrodillada entre sus piernas, mordisqueé con suavidad la cara interna de sus muslos, besé sus ingles morenas y terriblemente apetitosas, sentí cómo Ángela se estremecía anticipando lo que estaba a punto de suceder...

Un segundo timbrado volvió a interrumpir en seco mi laboriosa tarea.

—Lo siento, lo siento. Le contesto en un minuto, ¿no te importa?

—Debes estar bromeando.

—Por favor Sofía, si no me localiza se va a preocupar, entiéndelo.

—Sí, supongo que soy yo la que tiene que entenderlo todo siempre.

De nuevo, la sensación de desastre inminente. ¿Por qué era tan cruel el destino con nosotras? En cierto modo, Ángela tenía razón, ¿no nos merecíamos al menos disfrutar de una noche perfecta? Una idea loca empezó a germinar en mi interior, y en mi descargo diré que había bebido más de lo habitual, que lo sucedido en la playa me había puesto en un estado de sensualidad que todavía me hacía sentir las piernas de trapo, y que deseaba obtener una pequeña victoria, por absurda y ridícula que ésta pudiera parecer.

El móvil había dejado de sonar, pero era evidente que Julián no iba a rendirse y que insistiría hasta que lograra hablar con su mujer. *Su mujer*. Esas dos palabras me hacían hervir de indignación. ¿Acaso no era también mía Ángela? ¿Acaso no eran mis besos lo que esperaba aquella noche, con el sexo abierto como una flor y temblando de excitación? ¿Es que yo no tenía derecho a nada? Sentía un deseo incontenible de imponer mi voluntad en algo, de vengarme de Julián y su situación privilegiada, de castigarle y humillarle tanto como a veces me sentía yo humillada y desvalida.

De cualquier modo, ¿no era una locura? ¿Qué demostraría con ello? Realmente, no hubiera podido responder a esas preguntas, pero sí sabía una cosa: quería imponerme al menos en eso, hacer valer mi voluntad, conseguir que Ángela se doblegara a mis deseos por primera vez desde que nos conocíamos.

—Voy a llamarle yo y así no volverá a molestarnos. Te prometo que será un instante.

—Sí, me parece bien.

Algo en mi tono autoritario hizo que Ángela detuviera su gesto de marcar y me mirara extrañada. Con una media sonrisa y no muy segura de saber lo que estaba haciendo, me juré sin embargo a mí misma que iba a llevar mi travesura hasta el final. Después de todo, no sería yo la primera en proponer una locura esa noche.

—¿No vas... no vas a enfadarte, verdad?

—Al contrario —respondí sin dejar de sonreír—. Quiero comerte el coño mientras hablas con él.

—¿Qué?!

Ya lo había dicho, y lo curioso era que, lejos de romper el encanto, la vulgaridad de mis propias palabras había conseguido excitarme de un modo extraño. De pronto me sentía dueña de la situación, poderosa, capaz de alterar de algún modo el no tan idílico matrimonio de mi amante. En cuanto a ella, tenía tal expresión de sorpresa que estuve a punto de echarme a reír.

—Vamos, llámale —la animé mientras volvía a instalarme entre sus piernas.

—Debes... estás bromeando.

—¿No es un poco tarde para hacerse la niña buena? Vamos, llama.

Había dejado de sonreír. Ahora trataba de parecer segura y autoritaria, aunque en el fondo me preguntaba si no había lanzado un órdago demasiado alto. Nuestras miradas se encontraron en un duelo silencioso. Traté de conseguir que la mía resultara firme e irresistible, haciendo un esfuerzo para poder transmitir a Ángela sin palabras todo lo que estaba pasando por mi mente.

—Pero...

—No hay peros que valgan —la interrumpí sorprendida de mi propia audacia—. Voy a besarte de un modo que jamás olvidarás. Llama.

Un instante de vacilación, el gesto claro de tragar saliva, mi propia respiración llenando un silencio estremecedor y...

—Es... está bien.

¿Así, tan fácil? Parecía evidente que Ángela estaba tan inflamada de deseo como yo. Había esperado que protestara con mayor vehemencia, que se negara en rotundo, que me hiciera insistir una y otra vez para convencerla. Sin embargo, una sombra de picardía había traspasado su mirada al plegarse a mi extraño deseo, ¿también a ella la excitaba la situación? Tal vez, tenía también viejas cuentas pendientes con su marido, desaires acumulados que, de improviso, podía devolverle de una sola vez.

¡Era increíble! Podía oír el establecimiento de llamada, Ángela estaba ante mí, recostada en la cama, desnuda y con su sexo a escasos centímetros de mi boca. ¿Era aquello real, o se trataba de un sueño del que tarde o temprano tendría que despertar? Temblando de excitación, volví a besar las ingles de mi amante, retomando la actividad justo en el punto donde había sido interrumpida.

—¿Cariño? Sí, estábamos fuera, he visto tus llamadas perdidas.

Aquello era fascinante. Siempre había sido políticamente correcta, jamás había roto un plato ni hecho nada inconveniente. Ahora, de repente, me parecía ser la heroína de una película erótica, ¡esa noche *todo* me parecía sencillo y posible!

—Sí... hemos estado en la playa... hace un tiempo buenísimo, ¿qué tal... qué tal tú por allí?

Habitualmente, dedico mucho más tiempo a mis encuentros sexuales. Me gusta ir despacio, demorarme, hacerme de rogar, provocar algún que otro suspiro de desconsuelo impaciente en mis amantes. Sin embargo, había algo eléctrico en

el ambiente que me exigía premura, diciendo que la travesura que nos unía exigía una realización inmediata. Como lanzándome al vacío, insinué mi lengua entre los pliegues más recónditos de Ángela, que se estremeció toda y emitió un encantador gemido apenas audible, pero que en ningún momento hizo ademán alguno por poner punto y final a aquella enloquecedora situación.

—Sí, ya hemos... puf... llegado al hotel.

Jamás habría sospechado lo mucho que estaba disfrutando con aquello. Ese estúpido nunca podría imaginar que yo, una tierna e inofensiva mujer, estaba poseyendo su bien máspreciado, le estaba haciendo un cornudo, estaba triunfando sobre toda la injusticia que los convencionalismos sociales habían vertido sobre mí. Sí, él contaba con el peso de la costumbre y con diez años de convivencia, pero yo suponía lo nuevo, lo transgresor, lo irresistible, y mientras su mujer le hablaba con voz cada vez más temblona y entrecortada, yo la arrancaba un orgasmo que ni en sus mejores sueños él podría emular.

—¿Sofía? Sí... está en el... uf... baño.

Ángela apenas podía hablar ¿cómo no se extrañaba su marido? Mi lengua actuaba ya con descaro en su vagina, entrando, saliendo, barrenando con toda la fuerza de la que era capaz. Mis labios aspiraban sus fluidos mientras mi amiga, con el rostro congestionado, sostenía con dificultad el teléfono y empezaba a contestar con monosílabos.

—Sí... —oí entonces ahí arriba— sí...

—¿Sofía?, ¿estás ahí?

La voz de Julián me sorprendió tanto que, por un instante, temí haber sido descubierta. ¿Podía haber mejor satisfacción para mi maltrecho orgullo? El muy cretino le había pedido a su mujer que pusiera el manos libres para saludarme. Mi victoria era total, mi venganza estaba consumada. Al día

siguiente, Ángela dormiría con él, y yo sería dolorosamente consciente de ese pequeño detalle. A cambio, esta noche era para mí, y yo me la follaba *casi* delante de él.

—Sí —contesté interrumpiendo mi labor y tragando saliva, entre otras cosas — hola Julián, ¿qué tal todo?

—Estupendo, no imagináis lo bonito que es esto. Alguna vez deberíais venir con nosotros.

—Seguro, la próxima vez.

—Me alegro de saludarte, un beso Sofía.

—Otro para ti.

Por un instante, sentí el deseo irresistible de explicarle a Julián que, mientras hablábamos, su mujer estaba abierta y entregada a mí como una esclava, y que si pudiera besarme en las mejillas en ese preciso instante, aspiraría sin duda en mi boca el aroma íntimo y secreto de Ángela, ése que él pensaba poseer en exclusiva. Sin embargo, apelando a lo poco que me quedaba de cordura dejé que mi amante desconectara el manos libres, y mientras yo volvía implacable a mi trabajo, fui testigo de cómo ella, mordiéndose los labios, guardaba un silencio obstinado mientras su marido le contaba algo que a buen seguro no estaba en condiciones de entender.

La suerte estaba echada. Recurriendo a toda mi habilidad, aspiré sus labios mayores, los introduje en mi boca, forcejeé con ellos como si fueran de caramelo, los agasajé y succioné casi con crueldad. En algún momento que me pasó desapercibido, Ángela había apagado el teléfono sin despedirse, pero no pude culparla por ello. Con habilidad concienzuda, empujé con mi lengua sobre su sexo, buscando la mayor superficie de contacto posible, apreté, porfié y removí la cabeza, excitada por sus gemidos ya desencadenados, por

sus manos en mi pelo, por las convulsiones que sacudían su cuerpo.

Mientras Julián pensaba probablemente que se había cortado la conexión, su mujer se derritió en mi boca de un modo bestial e incontrolado y yo, como una ilusa, pensé inocentemente que había vencido y era dueña de mi destino.

Una hora después, en la oscuridad de la habitación en silencio, me sentía profundamente desgraciada. ¿Qué había querido demostrar? ¿Qué había conseguido arreglar con aquella chiquillada? La propia Ángela, una vez pasados los efectos del alcohol y del frenesí del sexo, parecía arrepentida de lo que habíamos hecho. ¿Se merecía Julián que le tratáramos así? ¿No era después de todo otro sacrificado más en aquel endiablado enredo?

En realidad, poco o nada me importaban las respuestas a esas preguntas. Lo único que me quitaba la vida, lo que me mantenía despierta mientras oía a mi lado la suave respiración de Ángela, era la incertidumbre por lo que iba a pasar con nosotras. Estaba enamorada hasta la médula de una mujer atrapada entre dos mundos; a su lado perdía el control y la estabilidad, y no tenía ni idea de cómo superarlo.

Si Ángela llegaba a faltarme, sólo me quedaría morir.

VIII

Aunque he sufrido mucho por ti, quiero que sepas que no cambiaría nada de lo que viví a tu lado. Si tuviera mil vidas que construir, en todas volvería a buscarte, y en todas y cada una cometería dichosa los mismos errores que cometí en la primera.

Reconozco que hubo un tiempo en el que me sentí utilizada, pero hoy todo eso ha pasado. Ahora me doy cuenta de que tú también sufriste, pues tu elección no era sencilla y no podías seguir el ritmo que mi pasión demandaba. También sé que nunca quisiste hacerme daño, y que tu aparente serenidad escondía un corazón tierno que no alcanzaba a descubrir qué camino debía notar.

Sin embargo, a pesar del tiempo transcurrido y de haber comprendido tantas cosas... ¡sigo echándote tanto de menos!

Tres meses después, las cosas no habían cambiado demasiado. Nuestra escapada romántica había sido algo que recordaría mientras viviera pero, como suele pasar con lo sublime, también fue efímera. Tuvimos que regresar a Madrid, y allí volvimos de nuevo a la rutina que tanto miedo me daba. Pronto se hizo evidente que mi amante no parecía inclinada a abandonar a su marido, y todo lo que yo podía esperar eran uno o dos encuentros semanales, encuentros que me daban la vida pero que al mismo tiempo me dejaban sumida en un estado de desesperación absoluta.

Mientras tanto, un nuevo curso académico había empezado, y nadie en el instituto sospechaba que entre nosotras hubiera mucho más que una simple amistad. Santiago seguía tratando de flirtear conmigo, y yo a veces tenía que contar hasta cien para no explotar y contarle al mundo entero mi condición

sexual y la pasión que me consumía.

Sé que fui muy cobarde en aquella época. Hubiera debido forzar la situación, pedirle a Ángela que tratara de tomar una decisión sobre cómo quería vivir su vida. El problema era que, siendo tan dulces y maravillosos los ratos que pasábamos juntas, me daba un miedo atroz exigir algo que tal vez mi amiga no estuviese dispuesta a concederme. Aunque no pasaba un día sin decirme a mí misma que aquello no podía continuar, lo único cierto era que, cada vez que Ángela entraba por mi puerta sonriente y con un brillo irresistible en la mirada, siempre encontraba alguna excusa para postergar una semana más la charla que podría decantar la balanza a un lado o al otro.

Creo que estaba a punto de aceptar aquella situación como un mal menor cuando, una tarde, me encontré por azar con Ángela en un centro comercial. No habíamos quedado allí y ni siquiera era un sitio por el que yo me desplazara con asiduidad, pero supongo que el destino tiene a veces esos curiosos y retorcidos caprichos.

Porque, aquella tarde, mi amiga paseaba cogida del brazo de Julián, su marido y mi verdugo.

—¡Sofía, qué alegría! Me alegro mucho de verte.

—Hola... cuánto tiempo.

Contrastando con la efusividad de su pareja, era evidente que Ángela no sabía cómo comportarse. Se había puesto muy colorada, tanto como probablemente lo estaba yo misma. Sólo Julián, que no podía sospechar lo que había entre nosotras, parecía tranquilo y relajado. Por primera vez, sentí con tristeza que ni mi amiga era tan perfecta ni su marido tan malvado. ¿No estaba al fin y al cabo traicionándole de un modo miserable? Yo sabía que Ángela me quería,

que no sólo se metía en mi cama buscando un orgasmo salvaje y furtivo pero, ¿justificaba eso que llevara meses mintiendo de un modo tan hipócrita?

—Vamos a tomar una cerveza, estoy rendido de dar vueltas mirando tiendas.

—Pues... ando un poco justa de tiempo.

—Venga, para una vez que nos vemos...

—No insistas cariño —dijo Ángela sin atreverse a cruzar su mirada con la mía—. A nosotros también se nos hace un poco tarde.

Julián miró a su mujer un tanto sorprendido por su tono cortante, y por un instante temí y deseé a un tiempo que estuviera a punto de adivinar lo que pasaba. Sin embargo, enseguida recuperó su aire desenvuelto, lo que me indignó aún más, ¡cuánto me hubiera gustado esa tarde poder causarle los mismos celos que él me provocaba a mí cada vez que Ángela le llamaba “cariño”!

—Está bien, tal vez otro día.

—Seguro.

Estábamos a punto de despedirnos y seguir cada uno su camino cuando Julián, como recordando algo, se volvió hacia mí con una sonrisa totalmente desprovista de segundas intenciones:

—Oye, este viernes celebro en casa mi cumpleaños, ¿por qué no te pasas?

Sólo la cara de susto que puso Ángela pudo rivalizar con el desconcierto que su invitación me produjo.

—¿Este viernes? Pues...

—No seas pesado cariño, seguro que Sofía tiene ya planes para este viernes.

—Ya supongo, pero si le apetece pasarse un rato, por mí encantado.

—No le hagas ni caso —dijo mi amante mirándome por primera vez desde que nos habíamos encontrado—. Sus amigos son todos una pandilla de impresentables.

Los tres reímos ligeramente, aunque creo no equivocarme si digo que sólo Julián lo hizo con sinceridad.

—Entonces, ¿te apuntas?

—Tal vez... ¿el viernes?

—Eso es. A los dos nos encantaría verte allí, ya sabes que mi mujer te considera su mejor amiga.

Cuando al fin nos separamos, tuve que reconocer que Julián se portaba conmigo de un modo encantador.

Durante los días siguientes, le di muchas vueltas en mi cabeza a ese encuentro. Habían pasado casi cuatro meses desde nuestro primer escaqueo y, lejos de aclararse, nuestra relación parecía más confusa que nunca. Siempre que Julián estaba fuera, Ángela venía a mi casa con una alegría contagiosa, llenándome de regalos y comportándose como si yo fuera la persona más importante de su vida. Sin embargo, al día siguiente, invariablemente su gesto cambiaba, se mostraba menos comunicativa y, sin que yo pudiera evitarlo, regresaba junto a su marido.

En esas ocasiones, me parecía que también ella estaba sufriendo, que se encontraba atrapada en una tela de araña de la que no sabía cómo salir, y a veces incluso llegaba a sentir lástima por ella. Al menos, yo sabía perfectamente lo que deseaba, y bajo ese punto de vista sus dudas me parecían algo terrible de afrontar.

Pero aquella tarde, al encontrarnos en el centro comercial... ¡cuánto me había

costado tener que fingir que éramos simples amigas! Hubiera deseado tanto besarla, ser yo la que se fuera cogida de su brazo ocupando el lugar de Julián... ¿No había llegado ya el momento de terminar con el estado de indefinición en el que había entrado nuestra vida? Su rostro evasivo y su forma angustiada de comportarse me habían hecho mucho daño, encontrarme de improviso con la mujer que amaba y tener que disimular estaba más allá de mi capacidad de sufrimiento.

No, no podía compartirla durante más tiempo. Tenía que obligarla a elegir, o Julián o yo, y si al final era yo la derrotada, al menos podría consolarme pensando que había sido lo suficientemente valiente como para luchar por lo que quería.

Sin saber muy bien qué pensaba hacer ni qué iba a conseguir con aquello, al llegar el viernes por la tarde me arreglé como para una ocasión especial y me presenté en el cumpleaños de Julián.

—¿Estás loca? ¿Qué haces aquí?

Ángela estaba guapísima, con unos pantalones elásticos y un top escotado que dejaba ver el nacimiento de sus senos. Evidentemente, había abierto la puerta sin sospechar que yo pudiera tener el atrevimiento de aparecer en la fiesta de cumpleaños de su marido, y ahora miraba nerviosa hacia el interior de la vivienda sin dar crédito a mi presencia.

—Sólo quiero tomarme una cerveza contigo, ¿acaso no soy tu “mejor amiga”?

—Por dios Sofía, no me hagas esto.

—¿Hacerte qué? ¿Piensas seguir jugando a dos bandas eternamente?

—No es el momento para esto, si quieres mañana...

—¡Sofía, ya pensé que no venías! —la voz de Julián sobresaltó de tal modo a Ángela que a punto estuvo de derramar el contenido del vaso que llevaba en la mano—. ¿Qué haces en la puerta? Pasa y te presento a todo el mundo.

No sabía si estaba enfadada con Ángela o la amaba más que nunca. Me sentía extraña, sobrepasada por aquella historia. No podía vivir sin ella, pero tampoco continuar ocultándome como si estuviera haciendo algo malo, y mucho menos seguir compartiéndola con un hombre que, después de todo, tenía tanto derecho como yo a saber lo que ocurría.

Ni siquiera recuerdo cuánta gente había en aquella fiesta. Sé que Julián me presentó a un par de parejas casadas, y que también había al menos dos o tres amigos suyos solteros que recibieron con gran interés mi aparición. Nerviosa y un poco irritada conmigo misma por haberme presentado allí, acepté la copa que alguien me sirvió y la apuré mucho más deprisa de lo que en mí era habitual.

—¿Así que eres profesora en el mismo instituto que Ángela? ¿De qué das clase?

—De Literatura.

—Apuesto a que tus alumnos te adoran.

—No sé, habría que preguntarles a ellos.

No había registrado el nombre de aquel joven alto y sonriente que trataba de entablar conversación conmigo. Por encima de su hombro vi a Ángela en el otro extremo del salón. Aunque trataba de comportarse con normalidad, yo notaba en la rigidez de sus hombros y en su rictus preocupado que estaba tensa y alerta. Apenas contestaba —igual que yo— con monosílabos a lo que una chicha regordeta le decía, y de cuando en cuando echaba rápidas miradas inquietas en mi dirección.

—¿Te gusta el cine? Yo participo en un taller que podría interesarte y...

Julián se había acercado a su mujer con una copa en la mano, se la había ofrecido... y después la había besado en los labios mientras con la mano libre palmeaba amistosamente ese trasero que tanto me gustaba.

¡Dios!, ¿qué estaba haciendo allí? Me moría de ganas de gritarle a todo el mundo que era la amante de la anfitriona, que tenía tanto derecho como aquel cretino a besarla y acariciar su cuerpo. ¿Por qué motivo debía yo permanecer oculta, rebajada al rango de simple amiga y soportando a cualquier tipo que tratase de seducirme? ¿Qué les pasaba a los hombres?, ¿no estaba claro como el agua que no tenía ningún interés por aquel desconocido? Sin saber qué hacer, acepté una segunda copa que me duró tan poco como la primera.

—... a mí siempre me ha gustado la Literatura, ¿podrías recomendarme algo que haya salido últimamente?

—¿Me disculpas un momento?

Dejando con la palabra en la boca a mi pretendiente, seguí a Ángela en dirección a la cocina, por donde la había visto desaparecer instantes antes. Por fortuna, cuando entré allí la encontré sola, sacando algo de la nevera y organizando unos canapés que ofrecer a sus invitados.

Sin decir nada, me acerqué a ella, ceñí su cintura con mis brazos y, a continuación, la besé con furia en la boca.

—¿Qué haces? —se soltó horrorizada.

—¿Julián puede besarte y yo no?

—Joder Sofía, estás borracha.

—Puede, pero al menos yo sé perfectamente lo que quiero.

—Ahora no —gimió mi amiga con desconsuelo—. Por favor, ahora no.

—¿Entonces cuándo? —pregunté intentando abrazarla y besarla de nuevo—. O se lo dices tú o se lo digo yo.

Alguien entró en la cocina y se quedó mirándonos un instante con sorpresa, pero luego desapareció con la misma velocidad con la que había entrado y volvimos a quedarnos solas. El rostro de Ángela era un poema, pero yo estaba demasiado alterada como para retroceder. No estaba acostumbrada a beber (al menos hasta que Ángela se había colado en mi vida como un terremoto) y no había comido nada, tenía el estómago revuelto y mi mente era un torbellino de ideas revueltas y en desorden.

—¿Qué es lo que pretendes? —medio chilló medio susurró Ángela—. Por favor, vete y mañana...

—¿Es que no te importo nada?

—Por dios, Sofía, claro que me importas, pero Julián no sabe nada y...

Nunca había visto una expresión de terror como la que en ese momento se dibujó en el rostro de Ángela. Siguiendo la dirección de su mirada, miré a mi espalda y descubrí lo que tanto la asustaba: en la puerta de la cocina, mirándonos muy extrañado y quieto como una estatua, estaba Julián.

—¿Sucede algo chicas?

—No, claro que no —respondió su mujer, tratando de mantener la calma pero visiblemente ofuscada.

—Pues nadie lo diría.

Julián había cerrado la puerta tras de sí y el murmullo de la fiesta llegaba ahora amortiguado. Dando un par de pasos en nuestra dirección, volvió a preguntar:

—¿Necesitas algo Sofía?

Mirando obstinadamente a Ángela, me serví una tercera copa que apuré al más puro estilo de las películas de cine negro.

—Creo que Ángela tiene algo que contarte.

Mi amiga me miró con expresión anonadada, no podía creerse que yo le estuviera haciendo aquello, y yo misma me preguntaba si no estaba cometiendo un terrible error. Pero no era capaz de sujetarme, llevaba meses enamorada de ella, suspirando por sus sonrisas, anhelando cada gesto que pudiera hacerme sentir correspondida. Meses de sufrir cada noche que pasaba en soledad, imaginándola en brazos de aquel hombre apuesto que ahora nos miraba sin comprender nada. Al menos, necesitaba que él supiera que yo era su rival, y no una insignificante e insípida amiga de la mujer con la que compartía la vida.

—Me estáis asustando —dijo Julián al ver que Ángela era incapaz de abrir la boca—. ¿Se puede saber qué demonios os traéis entre manos?

Siempre mirando a Ángela y dejando a mi espalda a su marido, invité con un gesto a mi amante a que empezara hablar, pero todo lo que conseguí fue que sus ojos me miraran suplicantes. Aquello me dolió especialmente: o bien Ángela era una cobarde, o bien no me quería lo suficiente como para poner las cartas encima de la mesa. De cualquier modo, no podía soportar más la incertidumbre, no podía entender que, si seguía enamorada de Julián, Ángela volviese a mí noche tras noche con la ilusión de quien estrena un amor nuevo y sin mácula. Había llegado el momento de dejar de lado la prudencia y arriesgarlo todo en una sola jugada.

—¿Sabes? —empecé mirando a mi amante pero dirigiéndome a su marido—, me encanta el piercing que lleva Ángela en el ombligo.

—No, por favor —suplicó ella, al borde de las lágrimas.

—Sí... se lo hizo hace un par de años...

—También me gusta ese coqueto lunar que tiene junto al pezón izquierdo...

—Por favor no sigas.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

La voz de Julián empezaba a sonar alterada. Alguien intentó abrir la puerta de la cocina desde fuera, pero él interpuso su cuerpo y farfulló una torpe excusa que fue recibida con risas por alguno de los invitados.

—... y adoro esa cicatriz que tiene en la ingle izquierda, justo en el nacimiento del vello púbico.

Una lágrima se deslizaba por las mejillas de Ángela, mientras su marido nos miraba en silencio, atónito y tratando de procesar mis palabras. Girando lentamente hacia él, noté por primera vez los efectos del alcohol que había consumido. Al día siguiente tendría una resaca de primera categoría y probablemente lamentaría mi actuación de esa tarde, pero en aquel momento ya no había nada que pudiera detenerme. Mirando fijamente a mi rival, añadí con voz ronca y orgullosa:

—Llevo meses acostándome con tu mujer, y estoy enamorada de ella.

Lo siguiente que recuerdo es salir corriendo en dirección al cuarto de baño y vomitar con una violencia que me dejó dolorida y agotada.

Nunca me había dolido tanto la cabeza como cuando, a la tarde siguiente, caminaba bajo un sol justiciero para reunirme con Ángela. Su voz me había parecido casi irreconocible por teléfono, y aunque trataba de convencerme de que todavía había una oportunidad para nosotras, en el fondo estaba segura de haber destruido yo misma cualquier probabilidad de éxito.

Cuando la vi, sentada en un banco del Retiro y con las gafas de sol puestas, supe sin ninguna duda que había estado llorando.

—Hola.

Era terrible no atreverse a darle un beso de buenas tardes, ¿cómo se podía querer tanto a una persona y al mismo tiempo notarla tan lejos? Intentando ocultar el temblor de mis manos, traté de excusarme por mi incalificable comportamiento de la tarde anterior:

—Siento mucho lo que hice ayer. Supongo que me odias.

—No, no te odio. Pero no puedo entender por qué lo hiciste.

Sus palabras me hicieron aparcar momentáneamente la sensación de pesadumbre que me abatía. Era consciente de haber elegido el peor modo para encarar la situación pero, ¿cómo podía Ángela no saber lo que yo estaba pasando?

—¿Tan difícil es entender que estoy enamorada de ti? ¿Que necesito más de lo que me ofreces? ¿Que me siento morir cada vez que te vas para regresar con Julián? Ya no puedo seguir así Ángela. Necesito que lo sepan en el instituto, que lo sepa el mundo entero y que te quedes siempre conmigo... no puedo seguir compartiéndote.

—¿Crees que esto ha sido fácil para mí? Mi vida era sencilla antes de que aparecieras tú: todos mis problemas se limitaban a que a veces me sentía un poco sola, pero amaba a mi marido y en el fondo sabía que él me correspondía. Ahora...

Con un atisbo de esperanza, intenté coger la mano de mi amiga, pero ella la apartó suavemente antes de continuar.

—Yo te quiero Sofía... pero no estoy preparada para tomar la decisión que me pides.

Notaba un nudo de acero en la garganta, no podía creerme que aquello fuera el final de todo. ¡Habíamos conectado tan bien y teníamos tantas cosas en común! No pasaba tarde a su lado sin que descubriera algo que nos uniera; todo hubiera sido perfecto si simplemente Julián no hubiera existido nunca, y pensar en ello me produjo una desesperación insoportable.

—Entonces... ¿se acabó?

—No lo sé Sofía. Ahora mismo estoy hecha un lío; Julián y yo tuvimos una pelea terrible y hoy no me dirige la palabra. No puedo culparle... llevo meses engañándole con una mujer. ¡Dios, es todo tan surrealista!

—Lo lamento de veras, no era así como debía enterarse.

—También es culpa mía, he ido dejando que las cosas sucedieran sin atreverme a tomar decisiones. Supongo que me merezco lo que ha pasado. Lo más curioso es que... sigo sin considerarme lesbiana. Exceptuándote a ti, las mujeres no me atraen. ¿Te parece absurdo?

No, no me lo parecía. Sé que a veces una persona especial puede aparecer y trastocar todo tu mundo, y que no es necesario poner etiquetas a lo que sientes en esos momentos.

—Me gustas mucho Sofía. Creo que desde la primera vez que te vi supe que había algo especial en ti, algo que me asustó pero a lo que fui incapaz de resistirme.

—Ven a vivir conmigo, dame una oportunidad de demostrarte...

—No es tan sencillo —negó Ángela con la cabeza—. Tú me importas, pero también quiero a Julián; llevo diez años con él y no puedo olvidar tan fácilmente todo lo que hemos compartido.

Dolía tanto que era insoportable. Al final, ¿iba a ser la costumbre la que decidiera el vencedor? Por un lado estaba yo, lo nuevo, lo prohibido y lo que

sería tan difícil explicar a su familia. Por otro, su marido, lo seguro, lo esperado por todos, lo que no ofrecía riesgo alguno. Sabía por experiencia que yo tenía todas las de perder, y que si todavía había algún rescoldo de amor entre ellos resultaría mucho más cómodo reavivarlo que arriesgarse a probar una vida totalmente distinta.

Poniéndose en pie, Ángela respiró profundamente antes de continuar:

—Creo que deberíamos estar un tiempo sin vernos. Necesito ordenar mis ideas, aclarar las cosas con Julián y tomar las decisiones adecuadas. He pedido una baja voluntaria en el instituto.

—¿Qué? —la idea de no poder ver a Ángela durante un tiempo indefinido me parecía inasumible para mis fuerzas—. ¿No puedo... llamarte? Sólo para hablar, sólo como amigas...

—Es mejor que no Sofía. Ahora mismo no puedo ofrecerte lo que tú quieres.

¿Cómo había podido ser tan estúpida? Antes de mi ridícula actuación en el cumpleaños de Julián, al menos tenía una relación sentimental con la persona que más me importaba en el mundo. Ahora, sencillamente no tenía nada, y la sensación de vacío que me invadía por dentro era tan profunda que pensé que ya jamás me abandonaría.

Ángela había empezado a andar, alejándose de mí sin darme siquiera un beso de despedida. Sentada en el banco, yo permanecía quieta e incapaz de reaccionar, como si alguien me hubiera suministrado un potente medicamento que me impidiera hacer movimiento alguno. Con una angustia insoportable, pensé que mi amiga se alejaba para siempre, que jamás volvería a escuchar el sonido de su voz ni a disfrutar de la calidez de su sonrisa. Como si pudiera leer mis pensamientos, Ángela se volvió un instante y me miró con ternura:

—Prometo llamarte cuando sepa qué quiero hacer con mi vida.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para creer en la sinceridad de sus palabras.

IX

Fue en esa época cuando empecé a ver a Julián más como un compañero de desgracias que como a un enemigo. Conociéndote, estoy segura de que te habrás alegrado al ver cómo nos apoyamos el uno al otro en los momentos difíciles. Como él mismo diría, las circunstancias crean a veces extraños compañeros de camino, ¡la vida resulta tan irónica y caprichosa!

Después de tanto tiempo, he llegado a aceptar que Julián era tan digno de tu afecto como yo, y por eso he conseguido perdonarte que, durante un tiempo, nos tuvieras a los dos sometidos a esa especie de juego macabro donde parecías estar subastando tu amor.

Durante dos semanas, el tiempo se detuvo y mi vida pareció paralizarse por completo. Llegaba tarde al instituto, apenas me relacionaba con el resto de mis compañeros y, con frecuencia, perdía el hilo de los razonamientos cuando daba clase. Era como una mujer vacía, hueca por dentro e incapaz de reaccionar. Ángela me había prohibido llamarla, ¿no era eso de una crueldad infinita? Imaginarla junto a Julián me producía un dolor físico, equivalente a haber ingerido una generosa dosis de letal veneno que me destrozara por dentro.

Sí, cada día que pasaba estaba más segura de que mi odiado enemigo iba a salir victorioso. Podía imaginarles solos en casa con una claridad que me abrumaba: en silencio los primeros días, hablándose distantes al cabo de una semana. Luego, cualquier tarde, uno de los dos iniciaría un tímido movimiento de aproximación, y el otro respondería con una sonrisa esquiva. De ahí pasarían a los roces aparentemente inocentes al pedirse la sal o el vino, y más tarde Ángela lloraría, pediría perdón, y entonces él la sentaría en sus rodillas, la besaría en el cuello y...

¡Estaba volviéndome loca! ¿Tendría Ángela la decencia de llamarme para despedirse definitivamente de mí? ¿O simplemente dejaría que las cosas se enfriaran poco a poco, creyendo que tal vez yo la olvidaría sin demasiados problemas? No podía más, tenía que ir a verla, no me importaba que se enfadara aún más conmigo. Mi amiga debía comprender que dos semanas de silencio eran más de lo que podía soportar y que nadie merecía un castigo tan severo.

Al fin, una tarde de domingo me vestí con lo primero que encontré y salí disparada a buscar a mi amante. Intuía que estaba cometiendo un error, pero ya nada me importaba. Como el enfermo que prefiere salir de dudas y al menos poder escapar de la lacerante incertidumbre, toqué en el telefonillo de la casa de mi amiga dispuesta a no salir de allí sin una respuesta clara sobre lo que podía esperar.

—¿Sí?

Joder, era la voz de Julián. ¿De verdad había esperado encontrar a solas a Ángela? Tal vez debería irme, armarme de paciencia y seguir aguardando. Pero entonces la puerta del portal se abrió, y como una autómatas yo entré y me metí en el ascensor. Dios, ¿les habría interrumpido mientras...? No, no podía ser, aunque... ¿acaso creía que, durante los meses que Ángela y yo habíamos sido amantes, ellos nunca habían tenido contacto físico? Ésa era una idea que me desgarraba de tal modo que procuraba desterrarla siempre de mis pensamientos. Sin tener ni idea de lo que iba a hacer o decir, temblando como una hoja y a punto de echarme a llorar, toqué el timbre y aguardé conteniendo la respiración.

—Vaya, eres tú.

Julián parecía más delgado que la última que le vi. Llevaba el pelo revuelto, estaba sin afeitar y tenía aspecto de no haberse levantado de la cama en todo

el día. Por lo demás, y dejando de lado la lógica sorpresa que le producía verme, no me pareció especialmente enojado conmigo.

—Hola —saludé con una voz vacilante que fui incapaz de disimular—. Quería ver a Ángela.

—No está. Lleva quince días en casa de sus padres.

Aquello me dejó totalmente desorientada. Por alguna razón estúpida, saber que tampoco Julián la tenía hizo que me reconciliara un poco con el mundo. Durante unos segundos, los dos nos quedamos mirándonos en silencio, sin saber cómo terminar aquella insólita entrevista.

—¿Quieres pasar y tomar algo?

Su invitación era ridícula, Julián y yo no teníamos nada de qué hablar... pero como si de otra persona se tratara, me vi a mí misma franqueando su puerta, siguiéndole por el pasillo y aceptando una taza de té.

—No tienes muy buen aspecto —juro que, como frase para romper el hielo, habitualmente encuentro mejores opciones.

—Lo sé... tú tampoco.

Ambos esbozamos una sonrisa sincera. ¿Sería posible que mi enemigo lo estuviera pasando tan mal como yo? A juzgar por el desorden de su casa y por su rostro demacrado, podría pensarse que así era.

—Así que querías hablar con Ángela.

—¿Habéis discutido?

—¿Quieres decir que si la he montado una escena por ponerme los cuernos? La verdad es que no. Simplemente, metió toda su ropa en un par de maletas y me dijo que necesitaba tomarse un tiempo para ella misma. Joder, ¿cómo he podido estar tan ciego?

La furia que me había llevado hasta allí se había ido apaciguando poco a poco. Ante mí había un hombre derrotado, y verle así me daba más esperanzas de salir victoriosa. Si Ángela había tomado la decisión de salir del hogar conyugal, tal vez el destino me tuviese preparado un final feliz, después de todo.

—¿Sabes lo que es gracioso? —me preguntó con una amarga sonrisa—. Los tíos solemos fantasear con nuestra mujer montádoselo con otra tía buena. Es algo que nos pone mucho, y en nuestra imaginación parece increíblemente sexy y divertido. Sin embargo... gracias a ti he podido comprobar que en la realidad jode, y mucho.

—Lo siento.

—Tranquila, no es culpa tuya. Supongo que son las malditas circunstancias. A veces, simplemente las cosas suceden, y no creo que haya que buscar culpables.

Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más crecía en mí la sensación de haber sido injusta con él. Supongo que siempre hay dos versiones en un problema, y después de diez años de matrimonio, ¿quién no necesita a veces un poco de espacio para sí mismo? Al menos, él lo había buscado en lo alto de una montaña, y no en los brazos de una “tía buena”.

—¿No podríamos llamar a Ángela? Quizá deberíamos reunirnos los tres y...

—Nunca había visto a mi mujer tal alterada. Me temo que lo único que podemos hacer es esperar... y que gane el mejor. Por cierto, haces unos regalos de cumpleaños horribles.

Mientras mi anfitrión me acompañaba hasta la puerta, envidié que fuera capaz de bromear con algo que a los dos nos estaba consumiendo las entrañas.

De modo que teníamos que esperar sin hacer nada a que Ángela eligiese qué rumbo quería dar a su vida.

Por mucho que intentase evitarlo, a veces me sentía muy irritada contra ella. Entre todas las opciones del mundo, yo jamás habría dudado un instante a la hora de elegirla. Sin embargo, mi amiga dudaba de mí, no se lanzaba al vacío por tenerme, y eso me producía una pena espantosa y un resquemor creciente. Cada día que pasaba, me parecía que se iba abriendo un abismo mayor entre nosotras. Su silencio me resultaba insoportable, y durante las noches ensayaba una y otra vez los reproches que pensaba dirigirle cuando volviera a mí. Claro que, ¿y si se decantaba por Julián? O yendo más lejos, ¿y si decidía que ninguno de los dos la hacía feliz y prefería hacer borrón y cuenta nueva?

Definitivamente, aquello era demasiado. Si Ángela pensaba que podía desaparecer cuando la venía en gana y que yo siempre estaría aguardándola sumisa como un perrito estaba muy equivocada. Si quería recuperarme tendría que trabajárselo, suplicarme, tratarme como sin duda me merecía. Estaba dispuesta a mantener mi dignidad y no acudir a su llamada a las primeras de cambio.

Pero, un mes después de todo esto, una tarde sonó el timbre de mi puerta a una hora desacostumbrada. Con un atisbo de esperanza que fui incapaz de reprimir, abrí para encontrarme con un repartidor que llevaba una enorme caja de cartón.

—¿Sofía Román? Traigo un paquete para usted. Firme aquí, por favor.

En vano traté de asegurar que yo no había encargado nada. Cinco minutos después tenía la caja, sin remite, en mi salón, de modo que lo único que podía hacer era abrirla para salir de dudas. Lo primero que vi, encima de un montón informe de ropa que no supe identificar, fue una nota doblada por la mitad.

Había visto mil veces su letra en los exámenes del instituto, y al reconocerla

el corazón me dio tal vuelco que tuve que sentarme antes de empezar a leer. Con su caligrafía grácil y elegante (sí, hasta en eso era perfecta mi amiga), Ángela había escrito una simple frase:

“No sé si la vida es más sencilla para las lesbianas, pero si no te importa hacer un hueco para mi ropa en tu armario, estoy dispuesta a comprobarlo”.

Recordando con una sonrisa bobalicona aquella lejana conversación en un restaurante, olvidé en un instante todos mis reproches, corrí precipitada hacia mi móvil y busqué su número en la lista de contactos.

El cuerpo de Ángela entre mis brazos, mi boca sobre su cuello, su delicioso olor inundando mi casa... imposible hacer reproches, imposible pararse a pensar. Lo único que podía hacer era llenarla de besos, apretarla muy fuerte para que no pudiera escaparse y dar gracias al destino por, al menos en una ocasión, haberme permitido triunfar.

—Siempre has sido tú, Sofía, siempre has sido tú...

Apenas la dejaba hablar ni darme explicaciones. Mi boca buscaba la suya buscando otro tipo de confirmación, ésa que sale de lo más hondo, ésa que no puede expresarse con palabras. ¿Cómo no iba a ser capaz de entender sus dudas, sus miedos ante una situación tan novedosa? Cambiar de vida no es tan sencillo como cambiar de zapatos, y de repente, al sentirme la elegida, todo me parecía haber discurrido de un modo lógico y natural. Ángela era el ser más dulce y encantador del mundo, y resultaba imposible por completo oponer el menor reparo a su presencia.

—Yo también te he echado de menos, ha sido muy duro...

Mi cuerpo cayó sobre el suyo, obligándola a tumbarse en el sillón donde, por primera vez, le hice el amor una tarde que ahora parecía lejanísima pero cuyos

detalles yo recordaba como si hubieran sucedido un par de horas antes.

Pronto, lo único que se oyó fue el sonido de nuestros jadeos.

—He quedado con Julián mañana. Todavía no sabe que llevo dos días en tu casa.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Es algo que tengo que hacer yo sola. Me gustaría tanto seguir teniéndole como amigo...

No hice comentario alguno. Todavía sentía la punzada de los celos al saber que Ángela iba a entrevistarse a solas con su marido, pero comprendía que no podía hacer nada por evitarlo. Si mi amada era el tipo de persona que yo esperaba que fuese, lo menos que podía hacer era afrontar su responsabilidad y ser honesta con la persona con la que había compartido gran parte de su juventud.

Casi sentía lástima por Julián. Tener a tu lado al ser más encantador de la Tierra y perderlo es algo que nadie merecería tener que experimentar. ¡Qué bonita estaba Ángela aquella tarde! Acababa de regresar del instituto, donde había ido a solicitar reincorporarse a su plaza, y llevaba un traje de raya diplomática que le daba un aire serio pero al mismo tiempo irresistible. No pude evitar sentirme muy poco glamurosa, con mi viejo chándal y con mis zapatillas de estar en casa.

—Estoy segura de que lo entenderá —dije por animarla, más que por estar convencida de mis palabras.

—¿Y tú?, ¿me has perdonado ya mi indecisión?

—¡Claro! No hay nada que perdonar.

Ángela me miraba con una media sonrisa pícaro que ya conocía bien, y como un resorte los vellos de mis antebrazos se erizaron y un escalofrío recorrió mi espina dorsal.

—Pues es una pena —contestó socarrona—, porque yo venía dispuesta a hacer cualquier cosa para que me perdonaras.

Sin dejar de sonreír, mi amiga se acercó a mí y desabrochó la chaqueta de mi chándal. Luego, dejándola caer de cualquier modo, me tomó de la mano y me llevó hasta el dormitorio. ¿De verdad era posible tanta felicidad? Ángela a mi lado, para siempre y sin el temor de verla desaparecer cada mañana como un ladrón furtivo. Era tan perfecto que sentí una leve sombra de inquietud, pero luego mi amante me quitó con cierta precipitación el pantalón y entonces me olvidé de todo lo que no fuera disfrutar el momento.

No era habitual que Ángela tomara de aquel modo la iniciativa. Un poco desconcertada por su ímpetu pero en absoluto molesta, traté de desabrochar los botones de su camisa, pero ella me detuvo con un gesto autoritario que me encantó y me dejó sin palabras.

—No. Hoy mando yo.

Como en un sueño, dejé que mi amante me quitase la camiseta. Mis pequeños pechos agradecieron el contacto de sus manos, calientes y suaves, y cuando su boca succionó mis pezones tuve que exhalar un leve suspiro de impaciencia. Un nuevo intento de despojar de su ropa a mi compañera recibió la misma respuesta negativa, y cuando sus dedos tiraron del elástico de mi braguita y me dejaron así desnuda ante ella me sentí morir de excitación.

—Eres tan bonita... llevo semanas queriendo hacer esto.

No podía creer que mi suerte hubiera cambiado de ese modo. Con un gesto tan suave como decidido, Ángela me obligó a tumbarme sobre la cama. Luego,

completamente vestida a excepción de la chaqueta de la que se había despojado, se subió a horcajadas sobre mí. Su boca buscaba la mía con avidez, sus manos recorrían todo mi cuerpo quitándome el aliento.

Tuve que cerrar los ojos cuando mi amante descendió por mi cuello y volvió a besar mis pechos con calma.

—¡No puedo más —supliqué—, desnúdate!

Por toda respuesta, Ángela descendió hasta mi ombligo. La humedad de su lengua era embriagadora, su calidez me traspasaba como un rayo. Estaba jadeando, me notaba empapada, dispuesta a llegar al orgasmo sin necesidad de más preámbulos. ¿A qué esperaba mi amante para quitarse la ropa y dar así rienda suelta a nuestro deseo?

El primer beso de Ángela sobre mi sexo me pilló tan desprevenida que dando un respingo me incorporé sobre los codos, abriendo los ojos como asustada.

—¿Qué...?

Dios, ¿sería posible?! Notaba los labios de mi amante en la cara interna de mis muslos, su lengua jugueteando traviesa alrededor de mi sexo, sus manos separando con suavidad mis piernas para acomodarse mejor entre ellas. Con una ansiedad inconsolable, me derrumbé de nuevo sobre la cama, la vista fija en el techo y las manos asiendo las sábanas con rigidez.

¡Otro beso sobre mi inflamada vagina! Ángela parecía ir con cautela, como si estuviera reconociendo el terreno o no supiera muy bien lo que debía hacer. O a lo mejor es que simplemente se estaba tomando su tiempo, porque el efecto que conseguía era...

—¡Ohhh...!

Su lengua acababa de entrar en mi interior, y yo ya no pude seguir pensando con claridad. El universo entero parecía venirse sobre mí, todo me daba

vueltas, tenía que cerrar los ojos y asirme con fuerza a la cama para poder asimilar la miríada de sensaciones que estaba experimentando. Con una dedicación que nunca olvidaré, mi amante se adentró en mi cuerpo, explorando, acariciando cada centímetro con amorosa atención. Mientras yo no podía evitar gemir con desconsuelo, ella embestía hacia mí, multiplicaba su ritmo y parecía llenarme por completo.

¿De verdad era la primera vez que Ángela hacía aquello? Me constaba que sí, y no pude dejar de agradecer al instinto la sabiduría con la que a veces es capaz de guiarnos y conducirnos. Cuando el momento se acercaba, mis manos se enredaron en la preciosa cabellera rubia que tanto amaba, y mis dedos se clavaron como garfios sobre su cabeza, buscando aumentar su roce sobre mi cuerpo, tratando de fijar para siempre en mi memoria lo que estaba sucediendo.

No había peligro de que mi amante me abandonase antes de tiempo. Mi cuerpo se tensó, mis riñones temblaron, mis piernas se pusieron rígidas y una larga sucesión de hipidos incontrolados escaparon de mi garganta. Incansable, mi compañera siguió horadando entre mis piernas, tratando de penetrarme más allá de lo humanamente posible, llevándome hasta cotas de éxtasis que nunca hubiera imaginado posibles. El placer me invadió extendiéndose por todo mi vientre y descubriendo terminaciones nerviosas de mi cuerpo que ignoraba poseer, mi vista se nubló y la agonía me trasladó a un universo paralelo donde sólo existíamos nosotras y al que nadie más podía tener acceso.

Sólo cuando poco a poco empecé a recuperar el ritmo de la respiración, Ángela retiró su boca de mis labios, y cuando lo hizo... por un instante sentí que aquello nunca más volvería a repetirse.

—Ummmm, ¿Tienes que irte ya?

—Sí, voy a llegar tarde.

Era nuevo, que Ángela se hiciera la remolona mientras yo me levantaba para ir a trabajar. Pero ella no empezaría las clases hasta el mes siguiente, así que con un beso me despedí de ella para ir al instituto. Había algo romántico en la idea de dejarla en casa mientras yo me iba a cumplir con mis obligaciones. Era como jugar a ser una pareja convencional, y me gustaba fantasear con que mi amante dependiera de mí y yo tuviera que ganar dinero para las dos.

—¿Estarás aquí cuando vuelva?

Aunque seguía sin gustarme la idea de que fuera a entrevistarse ella sola con Julián, después de lo sucedido la noche anterior me parecía ridículo sentir celos. Nadie puede entregarse como lo había hecho Ángela si no hay algo más que mera atracción física.

—Sí —suspiró ella—, claro que sí.

Estaba encantadora, desnuda en mi cama y medio cubierta por las sábanas. Sabía que iba a pasar un mal trago con su marido, y lo lamenté de veras por los dos, pero cuando todo eso terminara... ¡el futuro parecía tan espléndido y maravilloso! Casi me sentí culpable por haber sido tan afortunada, no era algo a lo que estuviera acostumbrada.

—¿Me das otro beso antes de irte?

Encantada por el tono tierno que Ángela había empleado pero muy consciente de que ya llegaba tarde, me acerqué a ella y le di un fugaz y apresurado beso en los labios.

Mil veces he repasado aquel momento en mi memoria. Si hubiera podido imaginar que aquélla era la última vez que la besaba, desde luego no habría sido tan breve en mi despedida.

X

Hace ya tres años que no estás conmigo, pero créeme si te digo que te siento a mi lado continuamente. Sí, tú existes aunque no pueda verte, y sé que siempre te llevaré junto a mí, haga lo que haga y esté donde esté.

También sé que te alegrará leer que he conocido a una chica estupenda. Se llama Rocío, trabaja en una asesoría y coquetea mucho conmigo cuando nos encontramos en la clase de yoga. No sé, tal vez pueda haber algo entre nosotras, supongo que debo concederle una oportunidad. No es ni de lejos tan guapa como tú, pero a estas alturas ya he comprendido que no debo comparar a nadie contigo.

Sigo sintiéndome tan sola por las noches... Para serte sincera, me siento sola a todas horas.

Guardo un recuerdo brumoso de aquella mañana. Algunas frases, determinados gestos, se quedaron para siempre en mi memoria, volviendo en forma de pesadillas en el duermevela de las eternas noches que siguieron. Otras cosas, sin embargo, se han borrado por completo de mi mente, y tengo que recurrir a la imaginación para rellenar los huecos que me faltan.

Todo parecía normal a mi alrededor. Al llegar al instituto puse mis cosas en mi taquilla y, casi a la carrera, me dirigí a dar la primera clase de la mañana. En la calle, en el autobús, o viendo las caras somnolientas de los alumnos, el mundo parecía el mismo de siempre, y nada hacía suponer que para mí ya todo fuera a ser distinto. Creo que fue la mirada de Santiago, al entrar a la sala de profesores en el descanso, lo primero que me alarmó: estaba blanco como el papel y le temblaban las manos como si en lugar de un joven profesor de Gimnasia fuera un sexagenario a punto de jubilarse. Sólo entonces me di

cuenta de que había mucha gente a mi alrededor, y de que todos tenían una mirada extraña, incrédula.

—Sofía, cariño...

Santiago había venido hacia mí y me había dado un abrazo en el que, sin lugar a dudas, percibí apoyo y sincera amistad, en lugar de sus segundas intenciones habituales. Detrás de él, David, el director, observaba la escena con un aire tan compungido que inmediatamente supe que había sucedido algo terrible.

—Es Ángela... ha tenido un accidente.

No podía hablar, no conseguía articular palabra ni hacer nada coherente. ¿Ángela? No podía ser, la había dejado en mi propia cama apenas un par de horas antes ¿Por qué no me llamaba ella misma para contarme lo que había sucedido? Con desesperación, busqué la mirada de Santiago exigiendo una respuesta.

—Acaba de llamarnos Julián —dijo entonces David con voz entrecortada—, todavía no consigo creerlo.

Era incapaz de entender lo que me decían: un desgraciado accidente, alguien se saltó un semáforo; había sucedido tan sólo media hora antes, justo mientras yo daba la primera clase del día... Mis piernas se negaban a sostenerme, las voces me llegaban desde muy lejos y los colores se tornaron increíblemente oscuros. Sólo recuerdo las manos de Santiago sosteniéndome, la mirada preocupada de David y a una de las profesoras buscando un vaso de agua mientras pedía a los demás que se apartasen y me dejaran respirar.

Lo que más me indignó fue la indiferencia del universo. No hablo de la gente cercana, me refiero a la ausencia total de empatía en el devenir cotidiano. Allí seguían su estúpido cepillo de dientes, su ropa y sus zapatos, ¿es que eran

acaso más importantes que ella? La programación de la televisión seguía siendo la misma, las noticias parecían similares a las de la semana pasada... y sin embargo, para mí ya nunca nada volvería a ser igual.

¿Cómo había podido sucederme aquello precisamente a mí? No conseguía asumirlo, no podía aceptarlo. Ayer mismo, pensaba que no era posible ser más feliz; hoy, mi vida estaba destrozada para siempre. ¡Era tan injusto, haber conseguido el amor de Ángela para perderlo de aquella manera! Si al menos hubiéramos podido estar juntas dos o tres años, casi me habría sentido recompensada, pero todo había ocurrido tan deprisa...

Sabía que nunca podría olvidarla, no me importaba lo que dijeran los demás: Ángela siempre existiría para mí. Que ya no pudiera hablar con ella no significaba que mi amiga no estuviera en algún sitio, esperándome, y desde luego yo no dejaría que nuestra relación se enfriara. La escribiría todas las noches, la contaría todo lo que me iba sucediendo, recordaría a su lado hasta el más mínimo detalle de lo que compartimos juntas.

Tuve que hacer un esfuerzo inmenso para asistir al funeral, tal vez porque, en el fondo, me negaba a admitir que aquello fuera real. Sencillamente, me parecía imposible que un ser tan hermoso y perfecto como Ángela pudiera dejar de respirar de un segundo a otro. Apoyada en el brazo de Santiago, apenas conseguía entender las expresiones de pesar de la gente que se acercaba a mí. Todos mis compañeros sabían que las dos estábamos muy unidas, pero desde luego no podían ni imaginar que aquello era sólo la punta del iceberg. Yo miraba al suelo, silenciosa, y bastante tenía con mantener el equilibrio y no caer a cada paso que daba. Estaba como flotando en una nube de irrealidad, y a cada segundo pensaba, “tengo que contarle esto a Ángela en cuanto vuelva a casa”. Después, difusamente comprendía que eso no sería posible, y que a partir de ese momento mis diálogos con ella irían solamente

en una dirección. Entonces, tenía que abrir mucho la boca para poder llevar aire a mis pulmones, y un dolor seco y profundo me sacudía con una violencia inusitada.

Le vi al final, estrechando manos y recibiendo afectuosas palmadas de afecto. Llevaba unas gafas de sol, el traje arrugado y la camisa por fuera del pantalón, iba sin afeitarse y parecía que él mismo acabase de sufrir un atropello. Por unos segundos, los dos nos miramos, como dudando si debíamos acercarnos. Luego, al unísono, ambos empezamos a caminar hasta encontrarnos.

Sólo al abrazar a Julián sentí una mínima sensación de alivio. Por primera vez pude compartir mi dolor con alguien que entendía cómo me sentía. Sombras anónimas pasaban a nuestro lado mientras sin hablar nos decíamos todo. Los dos la habíamos amado, y ahora los dos la habíamos perdido. Ya no importaba quién fuera el vencedor en nuestra pugna, porque todo lo que podíamos hacer era apoyarnos mutuamente en la amargura de la derrota.

Estuvimos mucho tiempo abrazados y, después, los dos nos alejamos de allí en silencio.

—El pobre tipo dio negativo en el test de alcoholemia. Por lo visto era un conductor modélico que nunca había tenido un accidente. Otro despropósito más, es como si el destino se recreara en jugarnos esta mala pasada.

Habíamos quedado para tomar un café. Hacía un mes que habíamos enterrado a Ángela, y yo ya había empezado a escribirle cartas todas las noches. Era lo único que me ayudaba a dormir, y aunque mi psicóloga decía que poco a poco tendría que ir dejándola marchar y rehaciendo mi vida, desde luego yo no estaba dispuesta a renunciar a esos ratitos que, cada día, me ayudaban a sentirla viva y cerca de mí.

—Hay algo que no te he contado...

La mirada de Julián expresaba pesadumbre. Era curioso cómo ambos buscábamos la compañía del otro. ¿Era morboso? Yo creo que no. Simplemente, sabíamos que nadie más podía comprender cómo nos sentíamos.

—Aquella mañana iba a reunirse conmigo. Creo que ya tenía tomada una decisión.

Era evidente que a Julián le costaba hablar sobre ello. Él fue quien, alarmado por los gritos y las sirenas, se acercó al accidente, él fue el que cogió la mano de Ángela cuando todavía estaba caliente. A veces he sentido celos por eso, pero luego he pensado que es justo que él pudiera despedirse así de ella. Yo la había tenido hasta el último instante, había sido la elegida, y él, que la amaba tanto como yo, merecía haber tenido la oportunidad de tocarla por última vez mientras estaba viva. Porque me gusta pensar que Ángela no murió sola, que pudo llegar a ver, entre la multitud de rostros asustados que la rodeaban, el de alguien que la quería y que la adoraba tanto como yo.

Julián carraspeaba a mi lado, incómodo. Sabía lo que iba a preguntarme, sabía que le quemaba dentro y que le daba miedo la respuesta, pero sabía también que no podía dejar de hacer la pregunta.

—¿Tú sabías algo...? Quiero decir, ¿sabías qué...?

—No —contesté sin vacilar—. No había vuelto a hablar con ella desde que se fue.

—Entonces, nunca sabremos con quién de los dos...

Su mano apretó afectuosa la mía. Olvidando por completo cuánto le había odiado al conocerle, respondí a su caricia y le miré con ternura:

—No, nunca lo sabremos.

XI

Tengo para ti una noticia excelente: Julián y Olga están esperando un niño. Sé que te gustará saberlo, parecen muy compenetrados y creo que van a ser muy felices juntos.

Ya te he contado que mantenemos el contacto, Julián y yo. Hace siglos que no nos vemos, pero de vez en cuando uno de los dos llama por teléfono y nos ponemos al día de nuestras cosas. ¿Quién iba a decirlo, verdad? Al principio le odiaba y finalmente hemos terminado siendo buenos amigos, ¡la vida es tan sorprendente!

Por cierto, he vuelto a quedar con Rocío, espero que no te importe. ¡Qué tontería, de sobra sé que te alegras por mí! Ella está muy ilusionada, pero yo no acabo de decidirme. No querría hacerle daño, y todavía no sé si estoy preparada para tener una nueva relación seria.

¡Me gustaría tanto que me aconsejaras sobre lo que debo hacer!

—Es estupendo que salgas con alguien, celebro oír eso.

No podía culpar a Sara, me cobraba una barbaridad por cada hora de terapia y, sin embargo, parecía vivamente interesada en conseguir que mejorara para poder así darme de alta. Desde el principio, tuve la sensación de que se tomaba mi caso muy a pecho, con un interés verdadero por ayudarme en mi desconsuelo.

—Háblame de esa tal Rocío.

—Bueno, es simpática, razonablemente atractiva... se desvive por complacerme...

—¿Lo ves? Te dije que este momento llegaría.

Me removí un poco incómoda en la silla, aquella tarde no estaba siendo del todo sincera en mi sesión de terapia.

—¿No habrás vuelto a escribir cartas a Ángela, verdad?

—¡No, claro que no!

—Sé que puede ser duro, pero tienes que pasar página. Y esté donde esté Ángela, estoy segura de que no querrá verte sola en casa y pensando en ella a todas horas.

Sí, sabía que en eso tenía razón mi terapeuta pero, ¿cómo explicar que Rocío era cariñosa, amable y encantadora, pero a pesar de todo tenía un defecto insuperable? Rocío *no era* Ángela, y ni en un millón de años podría yo olvidar ese pequeño detalle. Era consciente de que debía luchar y reponerme, y a fe que lo intentaba con todas mis fuerzas pero, sin embargo... no podía dejar de pensar que, cuando iba sola por la calle, por ejemplo, Ángela *existía* plenamente, mucho más desde luego que mi fiel Rocío. ¿A quién hacía daño si a veces, de camino a una cita, fantaseaba pensando que quien me esperaba en la cola de un cine era mi antigua amante, y no esta risueña jovencita que ahora agitaba la mano y me lanzaba un beso de bienvenida?

Supongo que sólo a mí misma, y eso estaba dispuesta a asumirlo.

XII

Parece mentira, pero ya llevo cuatro años con Rocío, ¿te lo puedes creer? Es una chica maravillosa, me adora y se desvive por mí. Realmente, he sido muy afortunada al conocerla. La he hablado de ti, y las dos hemos llorado juntas recordándote. ¿Qué dices, que pensabas que ya no iba a escribirte más? No sé cómo puedes decir eso, estoy por enfadarme contigo. Te dije que nos íbamos un mes a ver a los padres de Rocío, que viven en un pueblo apartado donde no hay ni internet. A veces tengo la sensación de que no prestas atención a lo que te cuento.

En fin, no quiero discutir contigo. Por cierto, Julián va a ser padre otra vez, ¡están muy felices! Pero ahora tengo que dejarte, te lo contaré mañana, en cuanto encuentre un momento para sentarme en el ordenador...

FIN

Si has llegado hasta aquí, lo primero que debo hacer es darte las gracias. Es una satisfacción indescriptible saber que hay alguien al otro lado que al menos ha pasado un buen rato leyendo tus historias. Por otra parte, si te ha gustado este relato, tal vez podría interesarte echar un vistazo a otras novelas de la misma temática que tengo publicadas en Amazon:

[Bailarina o pirata](#)

[Y acompañar nuestros pasos por la acera](#)

[Eva en el laberinto](#)

Gracias por tu tiempo y espero que hasta pronto.